

Documentación Narrativa de Experiencias Pedagógicas

Relatos de Educación Ambiental
en la Cuenca Matanza Riachuelo



Autoridad de Cuenca
Matanza Riachuelo



Autoridad de Cuenca Matanza Riachuelo

Documentación narrativa de experiencias pedagógicas: relatos de educación ambiental en la Cuenca Matanza Riachuelo / 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: ACUMAR, 2022.

66 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-4926-08-1

1. Educación Ambiental. 2. Docentes. 3. Ambiente. I. Título.

CDD 577.07

Autoridades

PRESIDENTE

Martín Sabbatella

DIRECTOR EJECUTIVO DE GESTIÓN

Daniel Larrache

DIRECTOR GENERAL DE GESTIÓN POLÍTICA Y SOCIAL

Antolín Magallanes

DIRECTORA DE SALUD Y EDUCACIÓN AMBIENTAL

María Andrea Dakessian

COORDINADORA DE EDUCACIÓN SOCIOAMBIENTAL

Macarena Fernández Rial

Prólogo

La Educación Ambiental es uno de los pilares en el plan de saneamiento que llevamos adelante desde **ACUMAR** en la Cuenca Matanza Riachuelo. Es clave poder difundir y promover en cada rincón de este territorio el conocimiento sobre el entorno en el que vivimos y los modos en que nuestras acciones pueden impactar al resto de la naturaleza.

Fortalecer los saberes ambientales comunitarios es condición indispensable para acompañar las transformaciones y avances concretos con cambios de hábitos y percepciones que garanticen su continuidad en el tiempo. Tenemos la convicción de que es el mejor camino para que los errores históricos que hemos cometido como sociedad con nuestro río no vuelvan a repetirse.

Por eso, me da orgullo presentar este libro con el que nos propusimos poner a disposición de la comunidad educativa de la Cuenca experiencias inspiradoras para nuevos proyectos y un conjunto de recursos y herramientas para toda la sociedad. En especial, celebro la articulación y trabajo mancomunado entre profesionales de la universidad pública, docentes y un organismo como **ACUMAR**.

Finalmente, quiero felicitar y agradecer a cada docente por su testimonio y dedicación con esta publicación, y en su nombre, a todas, todes y todos los educadores de la Cuenca que han abrazado la causa de nuestro Matanza Riachuelo y construyen todos los días un futuro mejor junto a sus estudiantes.



Martín Sabbatella
Presidencia

Introducción



El siguiente material es producto de una iniciativa de **ACUMAR** en conjunto con integrantes del Grupo Memoria Docente y Documentación Pedagógica, y el Programa Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El objetivo de la propuesta fue poder reconocer y valorar las experiencias docentes de educación ambiental desarrolladas en la Cuenca Matanza Riachuelo desde hace muchos años de modo de poder hacer una reflexión a partir del relato de sus protagonistas. Se enmarca en la línea de trabajo de formación docente que lleva adelante **ACUMAR** y en su programa Escuelas por la Cuenca.

Los relatos escritos aquí presentes dan cuenta de un gran compromiso por parte de las y los docentes en la materia y de su generosidad para compartir sus trabajos y sentimientos en el marco de su propia trayectoria. A su vez, se reconoce y valora fuertemente en ese recorrido a las, les y los estudiantes.

Consideramos que el presente material será un insumo de consulta para la comunidad educativa y que es, asimismo, un aporte a la implementación de la Ley de Educación Ambiental Integral.

Índice

Presentación. Experiencias de educación ambiental en la Cuenca Matanza Riachuelo. Un proyecto de desarrollo profesional docente centrado en la investigación-acción de la propia experiencia. <i>Daniel Hugo Suárez, Yanina Gabriela Caressa, María Laura Galli</i>	7
La balsa ¿qué salva? Un problema ambiental <i>Mauro Masone</i>	14
No se ve nada seño, es como una cortina <i>Cecilia Daniela Benigno</i>	19
Dock Sud: mi lugar, tu lugar, nuestro lugar <i>Alejandra Greño</i>	23
Tacho, tacho, cada deshecho en su tacho <i>Sandra Cecilia Reynoso</i>	28
Las que fuimos ya nunca regresamos <i>Jordana Rucci</i>	30
Tu lugar, tu jardín <i>Silvia Alicia Lemma</i>	34
Una mirada diferente <i>Micaela Ailín Nehoda</i>	39
Un mapa para transformar la desigualdad <i>Marina Belén Boeri</i>	42
Un nuevo contrato <i>Natalia Silvina Notari</i>	47
Más mariposas, menos moscas... <i>María Lujan Alegre</i>	52
Sembrando Esperanzas <i>Maricruz Débora Valeria Schmit</i>	55
Raíces del cambio. Entre las ramas de la sustentabilidad <i>Graciela Handrujovicz</i>	58
Sin paredes también se aprende <i>Andrea Marana</i>	62

Experiencias de Educación Ambiental en la Cuenca Matanza Riachuelo

Un proyecto de desarrollo profesional docente centrado en la investigación-acción de la propia experiencia.

Por

*Daniel Hugo Suárez*¹

*Yanina Gabriela Caressa*²

*María Laura Galli*³

El Taller Documentación narrativa de experiencias pedagógicas de Educación Ambiental en la Cuenca Matanza Riachuelo consistió en una propuesta de desarrollo profesional docente dirigida a docentes de instituciones educativas de la Cuenca que vienen trabajando activamente y de forma sostenida en conjunto con la Autoridad de Cuenca Matanza Riachuelo (ACUMAR), mostrando desde la educación ambiental un compromiso constante con la Cuenca, su problemática ambiental y el saneamiento.

El proyecto se desarrolló desde un ámbito de trabajo de cooperación entre el Grupo Memoria Docente y Documentación Pedagógica y el Programa Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL- UBA)⁴ junto a ACUMAR y las instituciones educativas a las que pertenecen los y las docentes convocadas/os.

¹ Daniel H. Suárez, Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires y Profesor Titular Regular de la materia Problemas Pedagógicos Contemporáneos en el Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Vicedirector del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (FFyL-UBA), director del Proyecto de investigación “Discursos, sujetos y prácticas en la conformación del campo pedagógico” (UBACyT 2018/2020 Mod. 1), coordinador general del Programa de Extensión Universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas”.

² Yanina Caressa, Magíster en Educación, Pedagogías críticas y problemáticas socioeducativas, Licenciada en Ciencias de la Educación y Profesora en enseñanza media y superior en Ciencias de la Educación (FFyL, UBA). Integra el equipo de investigación dirigido por Daniel Suárez con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (IIICE, UBA). Forma parte del Programa de Extensión Universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas” (FFyL, UBA).

³ María Laura Galli, Docente de Nivel Inicial y Licenciada en Psicopedagogía. Realizó el Posgrado de Especialización en Educación Infantil, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se desempeña como coordinadora pedagógica en el Programa Primera Infancia, del GCBA. Es integrante del Nodo Filo de la Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas y autora y co-autora de diversas publicaciones de experiencias pedagógicas vinculadas a la educación en la Primera Infancia.

⁴ La Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas se viene desarrollado desde hace más de doce años mediante un Programa de Extensión Universitaria de la Universidad de Buenos Aires, en el que fuimos desplegando, como grupo universitario de investigación-docencia-extensión, una serie de proyectos de investigación-formación-acción docente en diversos territorios, a distintas escalas y con distintos actores del campo educativo. En las tramas, nodos y nudos que articularon esas experiencias territoriales, se conformaron y congregaron colectivos de docentes que quieren explorar narrativa y autobiográficamente sus prácticas, saber más sobre ellas, escribiendo relatos de experiencia y disponiendo públicamente su saber.

La iniciativa se centró en el despliegue del dispositivo de documentación narrativa de experiencias pedagógicas en busca de que las y los educadoras y educadores produzcan relatos escritos, indaguen y reflexionen acerca de sus experiencias de enseñanza vinculadas a la educación ambiental y al compromiso de trabajo que vienen sosteniendo con ACUMAR por el cuidado del ambiente desde y por sus escuelas y la comunidad que las rodea.

La documentación narrativa de experiencias pedagógicas, en tanto estrategia de investigación- formación-acción entre docentes, se propone generar un espacio de trabajo formativo-colaborativo entre pares para la documentación de experiencias educativas a partir de un proceso de indagación narrativa y autobiográfica de las prácticas docentes (Suárez, Dávila, Argnani y Caressa, 2021). El trayecto formativo propuesto es el resultado de una serie de investigaciones y proyectos de extensión universitaria desarrollados por un equipo de docentes investigadores/as de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y encuentra su inscripción en la investigación cualitativa, interpretativa y participativa como un enfoque específico y alternativo a los modos de producción de conocimiento tradicionalmente instalados en las prácticas de investigación educativa. Se orienta a indagar y obtener un saber acerca de lo que los y las docentes vivencian, perciben, sienten, piensan y expresan en su vida y en sus contextos cotidianos, proporcionando una descripción para la comprensión de cómo transcurre el proceso de constitución e interpretación de sentidos y significaciones de las propias acciones por parte de quienes las hacen, sobre la base de sus conocimientos, convicciones, creencias, motivaciones, valoraciones, intenciones e interacciones con las y los otros en escenarios geográfica e históricamente situados (Suárez, 2007, 2009, 2011, 2017 y 2020).

A diferencia de las escrituras que circulan habitualmente por el campo escolar que no permitirían recuperar, al menos en parte, el dinamismo, el color y la textura de lo que sucedió y les sucedió a los/as protagonistas de la acción, los documentos pedagógicos que nos propusimos producir buscaron resaltar la “sabiduría práctica” que ponen en juego los y las maestros y maestras, considerando los problemas detectados y las resoluciones identificadas como relevantes por ellas y ellos; los obstáculos superados o a superar; los conflictos resueltos, desplazados o profundizados; los cambios y momentos de logro que tuvieron lugar durante sus experiencias.

En este sentido, la primera consigna de escritura que propusimos en el taller fue de corte autobiográfico y la llamamos “¿Cómo llegué hasta aquí?”, con la intención de situar un aquí y ahora con implicancia del sí mismo o misma que comienza a habitar una temporalidad que alterna la cronología de los hechos con el tiempo narrativo que configura toda experiencia. Se trató del primer paso que dieron las y los docentes:

animarse a escribir desde sí. La primera persona, del singular o del plural, abre el juego a la implicación de los y las participantes en la trama narrativa de la experiencia pedagógica que será documentada y permiten amplificar la verosimilitud del relato al ratificar que ese o esa docentes “estuvo efectivamente allí”.

Luego, nos adentramos en la identificación y selección de la experiencia de educación ambiental que cada educador y educadora deseaba narrar. Como equipo de coordinación propusimos una serie de ejercicios para ir arribando a la primera fijación textual de la experiencia. Ejercicios que colaboraron para que cada docente pudiera asumir la voz en primera persona del singular o del plural para enunciar y escribir esas palabras iniciales logrando interrumpir la cotidianeidad de la práctica pedagógica e imprimir la huella inaugural del relato de experiencia. Esa primera palabra, puntapié inicial para contar una historia a partir de haber buceado en la memoria, identificando y decidiendo que era esa y no otra la historia que valía la pena ser narrada. Por lo singular y particular. Por los significados y sentidos que entramaban para cada una y uno de las y los colegas. En esta instancia fue fundamental la generación de conversaciones entre pares que permitieron develar sentidos invisibles a los ojos de quienes están inmersas e inmersos en los acontecimientos. Construir nuevas interpretaciones que solo se ponen a rodar a partir de la pregunta que enajena y permite tomar distancia de la propia práctica.

Como equipo de coordinación del taller acompañamos esos pasos iniciales, hasta que llegaron las primeras versiones de los relatos de experiencia. Destacamos el valor de nombrar “versiones” a esos primeros textos, en vez de llamarlos borradores. La idea de borrador, generalmente, nos representa una escritura que luego será corregida y que el arribo a la escritura final es lo esperable y correcto. En cambio, cuando hablamos de “versiones” en los procesos de escritura, nos referimos a esos primeros textos que tienen el valor de ser el inicio de la experiencia a narrar.

Esos textos que iban asomando lo hacían con mayor o menor extensión, algunos titulados desde el inicio advirtiendo la intencionalidad de antemano en relación con la experiencia que se quería narrar. Otros relatos, mantuvieron una búsqueda silenciosa del nombre con el que el relato saldría a la luz. Una búsqueda motivada por el despliegue de la trama narrativa que diera cuerpo y existencia a la experiencia. Trazados sinuosos, bifurcados, desarrollo de amplitudes textuales que luego fue necesario acotar para situar e identificar mejor aquella escena que se quería contar o algún aspecto de la misma que se quería recortar y profundizar.

Los procesos de escritura de relatos de experiencias pedagógicas ofrecen un itinerario sucesivo, recursivo e imbricado, cualidades que impregnan tanto a los relatos en sus

versiones como también a quienes las escriben. La dinámica del taller consistió en prácticas de escritura individuales o autónomas. Espacios y tiempos que cada docente narradora o narrador tenía que habilitarse, poniendo en pausa la vida profesional y personal. Encontrarse consigo misma, mismo frente a sus experiencias, sus deseos e inquietudes, sus distanciamientos interpretativos e interpelantes de sus propios saberes, haceres y sentires. También hubo encuentros sincrónicos virtuales. Espacios para la conversación en torno a los relatos en sus distintas versiones, para la lectura y comentario entre pares y con el equipo de coordinación. El ejercicio de leer y comentar fue una práctica intencional y frecuente entre las y los integrantes de este colectivo de docentes narradoras y narradores, en tanto conocedores y habitantes de una comunidad de prácticas y discursos vinculados al ámbito educativo y a la educación ambiental.

Si bien los relatos de experiencia representan el horizonte a alcanzar en cada taller, el proceso que implica llegar a ellos se constituyen como instancias formativas para quienes lo vivencian. Las conversaciones en torno a los relatos alentaban la construcción de una comunidad de interpretación, generando un ámbito de intercambio horizontal y colaborativo para el análisis y discusión centrada en los textos y en la forma como contenidos.

Las producciones narrativas a las que arribaban las y los docentes problematizaron decisiones, propósitos, perspectivas, representaciones teóricas, sentidos personales e institucionales que daban cuenta de las particularidades de cada experiencia en el marco de la educación ambiental como anclaje común a todas ellas. La narrativa en la descripción de los escenarios que alojan a las experiencias dejaron a la luz que los proyectos de educación ambiental no sólo urgen en contextos de vulneración que nos interpelan por sus olores, por las heridas que producen, por los sufrimientos que provocan, por los peligros latentes. Sino que el concepto de la educación ambiental también tiene su implicancia en entornos parquizados y con aires -aparentemente- respirables.

La polifonía de voces que traen los relatos combinan distintas perspectivas. La perspectiva jurídica a través de la Ley de Educación Ambiental que facilita el encuadre, la continuación o el retome de proyectos. La voz de las y los docentes visibilizando aquello que los intereses comerciales de unos pocos intentan ocultar. Los relatos también ponen de manifiesto, que la educación ambiental propicia terreno fértil para que las y los estudiantes tomen la palabra y alcen su voz. A veces a través de carteles que despiadadamente iban al hueso de los flagelos de la problemática ambiental, o del silencio por no llegar a tiempo a que los escucharan por los anegamientos producidos por la lluvia.

Las experiencias que las y los docentes narran interpelan algunos rasgos del formato escolar vinculados a los espacios destinados o consagrados para enseñar. Las huertas habilitaron aulas y salas a cielo abierto, permeando los límites de los espacios escolares, como así también las representaciones docentes con respecto a los ámbitos propicios para llevar adelante la tarea de enseñar. Los adentros y los afueras, mirar y ver, decir y hacerse escuchar, multiplicadoras/es o educadoras/es de la educación ambiental, fueron algunos de los binomios que tambalearon supuestos y rasgaron certezas forjadas a la fuerza por la rutinización y la herencia escolar.

La interdisciplina es otro de los aspectos interpelados. Las experiencias narradas muestran de qué manera la educación ambiental no es solo cuestión de materias afines a la geografía o biología. Tampoco se plasma en proyectos transversales que no hacen más que acentuar su periferia conceptual. Los relatos de experiencias que se escribieron en este taller, pusieron a la educación ambiental en conversación con la matemática, la estadística y la literatura.

La documentación narrativa de experiencias pedagógicas está vinculada a la sistematización de saberes y haceres pedagógicos “no documentados” y así lo enuncian algunos de los relatos. Aquellos que dejaron a un lado los premios y reconocimientos por conocer la implicancia de la experiencia para estudiantes y para su profesor o profesora, tanto en el espacio curricular como en sus biografías escolares y profesionales.

Asimismo, el Taller dio lugar a conversaciones y discusiones orientadas por el equipo de coordinación, referidas a los principios y criterios teóricos y metodológicos del dispositivo de la documentación narrativa de experiencias pedagógicas. La forma en que contamos una historia hace al contenido mismo de esa historia. La composición del relato, la relevancia de los detalles que le da transparencia a la experiencia, testimoniando el “haber estado allí”. Los tipos de narrador o narradoras que se enuncian en el relato. Las diferentes posiciones que las y los docentes narradoras y narradores asumen a lo largo del proceso de escritura a medida que escriben, leen y dan a leer, escuchan y comentan.

Cada uno de los relatos recibidos fueron piezas únicas que merecían toda nuestra atención, disposición y disfrute por su lectura. Acompañamos cada lectura con un comentario a su autora o autor en relación con el texto. Palabras o frases construidas con respeto y valoración. Alentando el hecho de animarse a escribir, de autorizarse a hacerlo. Muchas veces escribir implica exponerse, y más aún cuando eso que escribimos nos pone a la intemperie y cuenta acerca de lo que nos pasa, lo que sentimos, lo que pensamos.

También compartimos otros comentarios que procuraban adentrarse en esas historias, preguntas que lejos de pretender ser respondidas, intentaban abrir sentidos. Invitar a la relectura y reflexión. Y así, arribar a la decisión de modificar alguna palabra, agregar o quitar algún párrafo, dejar tal cual estaba la escritura.

Los comentarios tanto orales como escritos fueron enriqueciendo los relatos hasta llegar a sus versiones finales. Así llegamos al Ateneo de lectura de los relatos escritos en este taller. Una instancia única en donde se produjo el encuentro entre los relatos y sus autoras y autores. Disfrutamos de las lecturas en las voces de sus protagonistas. Matices, tonos, emociones y sentimientos que tiñen cada historia y la hacen única. Valiosa en sí misma. Todos los relatos son únicos y valiosos, como cada historia que contamos a través de ellos, como cada trama de sentidos que construimos a partir de ellos.

Y dimos un paso más, hacer que los relatos salgan de este colectivo de docentes autoras y autores a través de este compilado de relatos de experiencias de Educación Ambiental en formato digital, para tornarlos públicos y disponibles para que lleguen a manos de otras y otros colegas para que puedan leerlos, conocer otras experiencias, identificarse con algunas de ellas o transformar otras posibles. Como siempre decimos en el ámbito de la documentación narrativa, para que este proceso sea posible es necesario que se creen y garanticen ciertas condiciones político educativas, institucionales y operativas que hagan viable el despliegue del dispositivo de indagación-formación que involucra, en tanto éste implica la reorganización de tiempos, espacios y recursos. En ese proyecto, la decisión política de ACUMAR resultó central para que la propuesta se lleve adelante y se materialice en este documento.

Agradecemos profundamente la generosidad de las y los docentes que compartieron sus historias pedagógicas y nos permitieron conocer más sobre lo que acontece en las escuelas en materia de educación ambiental.

Referencias bibliográficas

Suárez, D. (2007). Docentes, narrativas e investigación educativa. La documentación narrativa de las prácticas docentes y la indagación pedagógica del mundo y las experiencias escolares. En I. (. Sverdlick, *La investigación educativa. Una herramienta de conocimiento y acción*. Buenos Aires: Noveduc.

Suárez, D. (2009). *Relatos pedagógicos, docentes e investigación narrativa de la experiencia escolar. Aportes de la investigación cualitativa y colaborativa para la formación y el desarrollo profesional de los docentes. Tesis de Doctorado*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Suárez, D. (2011). Relatos de experiencia, saber pedagógico y reconstrucción de la memoria escolar. En A. Alliaud, & D. H. Suárez, *El saber de la experiencia: narrativa, investigación y formación docente*. Buenos Aires: CLACSO y Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Suárez, D. (2017). Relatar la experiencia docente. La documentación narrativa del mundo escolar. *Revista Teias*, 18(50), 193-209.

Suárez, D. H. (2020). Narrativa (auto)biográfica, desarrollo profesional y pedagogía de la formación: escribir, leer y conversar entre docentes. En Araujo, & Erbs, *O humano na pesquisa (auto)biográfica: diversidade de contextos e experiências*.

Suárez, D. H; Dávila, P. V.; Argnani, A. y Caressa, Y. (2021) Documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Una propuesta de investigación-formación-acción entre docentes. Colección Cuadernos del Instituto de Investigación de Ciencias de la Educación, Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

La balsa ¿qué salva? Un problema ambiental

Mauro Masone / Profesor
Escuela de Enseñanza Secundaria
D.E. 19 CABA
mauro.masone@bue.edu.ar

Todo comenzó una mañana mientras compartía un café con leche muy caliente y rico con una compañera de mi escuela, ese día me propusieron participar de un Taller de narrativa acerca de experiencias pedagógicas sobre el Riachuelo. Me sorprendí al instante y pensé: “¡Qué bueno que está esto!”

Me ilusionó la posibilidad de contar todo lo que he realizado en el tema ambiental hasta ahora, ¡Que es mucho! Para mí, hacer Educación Ambiental es proyectarme en la naturaleza, encontrar significado a la vida, interpretar los sucesos naturales desde una mirada “reparadora y significativa” y esto es lo que intento transmitirles a mis alumnos. Hablar de educación ambiental enriquece mi formación docente, en donde cada elemento se concatena con otro.

Mi intención es generar una mirada hacia el cuidado del otro, para conjugar ideas que lleven a soluciones conjuntas. Como, por ejemplo, cuando llevé a cabo uno de mis más importantes proyectos: “La balsa que salva”. El cual consiste en la fitorremediación: a partir de unas balsas con plantas colocadas en distintos lechos de agua del Riachuelo, se logra que los contaminantes sean absorbidos, lo que mejora la oxigenación y reconstruye la biodiversidad del ecosistema.

El problema que nosotros, (los chicos y las chicas de tercer año primera división turnos mañana y tarde y yo) planteamos era el de descontaminar el arroyo Cildañez. Lo íbamos a hacer con balsas que estuviesen construidas con materiales biodegradables (es decir que no contaminen al ambiente y que se degradan y mantienen las plantas en el agua); por lo tanto, nosotros nos abocamos a buscar materiales biodegradables adecuados y que flotaran por bastante tiempo.

En consecuencia surgió una visita que realizamos junto a APRA (Agencia de Protección Ambiental del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires), al Camino de Sirga en la ribera del Riachuelo.

Esto nos permitió participar de varias ferias y concursos; en especial el de AIDIS ARGENTINA (Asociación Argentina de Ingeniería Sanitaria y Ciencias del Ambiente), que es una organización no gubernamental, sin fines de lucro y miembro de la Asociación Interamericana de Ingeniería Sanitaria y Ambiental, a la que representa en el país y con reconocimiento internacional. Desde allí nos convocaron en el 2018 al “Premio Argentino Junior del Agua”, el cual se trata de una iniciativa impulsada por AIDIS ARGENTINA que busca incentivar el interés de los estudiantes en la conservación, protección y administración del agua y demás recursos naturales.

Desde luego hago referencia a que en este proyecto tuvimos el apoyo de varias áreas de la escuela: en Sociales los profes aportaron, a través de la historia, los 200 años de contaminación. El Profesor Sebastián López de Historia, con los antecedentes de la causa del fallo Mendoza y sobre la fabricación de distintos dispositivos de Balsas, como las “Chinampas”; desde el área de Comunicación la Profesora María Valle con el diseño, la lectura y corrección del proyecto; y la profesora Mariana Miller de Geografía con la cartografía y ubicación de la Cuenca Matanza Riachuelo en cercanía a la escuela, confeccionando con alumnos de otros cursos la folletería para las distintas exposiciones.

Con emoción recuerdo los preparativos para aquella exposición, los nervios de buscar las palabras más adecuadas para exponer nuestro proyecto frente a semejantes miembros del jurado, todos ellos ingenieros nacionales e internacionales, que nos felicitaron por nuestro proyecto.

En particular, quiero destacar a Agustina Jorge Vales, alumna en ese momento de tercer año, que actualmente cursa la carrera de Abogacía en especialización en derecho Ambiental. Ella expuso con simpleza y exactitud lo que queríamos decir a través de nuestro proyecto. En éste se tenía en cuenta todo el trabajo de la fabricación de las balsas con materiales de descarte (junco, paja, hilo sisal) y fibras del fruto del palo borracho.

Fue reconfortante observar el trabajo en conjunto de cada uno de los/as estudiantes, cómo generaban las ideas para armar los dispositivos de las balsas. La imposibilidad de que no pudiésemos concretar nuestra hipótesis de experimentación por falta de recursos nos frustró un poco, pero viéndolo desde otra perspectiva, contar con la ayuda de las instituciones y trabajar en colaboración con ellas, nos permitió darnos cuenta que esto no fue así.

Por otro lado, no quiero dejar pasar por alto el contexto social que hace que estas distintas actividades que llevan a cabo los chicos en la escuela aporten un granito

de arena a su vida. Por eso cabe aclarar que la mayoría de mis estudiantes viven en comunidades que traen aparejados momentos y experiencias vividas junto a la basura en sus barrios. Son comunidades muy vulnerables. En donde en ocasiones el único ingreso es lo que recogen por la calle y en tachos de basura en que se zambullen en la búsqueda de materiales descartables como papel, botellas de plástico, vidrio o cualquier otro material que, al venderlo, sea redituable y que ayude a la economía de sus propias casas.

El sustento familiar está basado en trabajos muy precarios y temporales como el cartoneo y los planes sociales. En muchos casos los chicos trabajan en talleres precarios de costura de los que no tenemos datos. Son lugares de trabajo clandestino que permanecen no identificados, aunque, de alguna manera, suelen denunciarlos, por ejemplo, a través de producciones escolares o artísticas o en charlas informales. Casi la totalidad de los alumnos han tenido infancias difíciles. Esto significa que han pasado necesidades extremas; sin una correcta alimentación, atención médica, vivienda digna, o carencia de cuidados por adultos responsables.

En algunos casos, con poco tiempo para dedicarse al juego o al ocio, ya sea por necesidad de que todos trabajen, más allá de su edad, o permaneciendo por mucho tiempo en la calle. Es por esta variable que se conforma como un problema el egreso, pierden el espacio de asistencia, cuidado, aprendizaje, contención y permanencia. A mi parecer, creo que a los chicos la escuela les aporta un futuro diferente, en donde el trabajo colaborativo y el sustento en la enseñanza del día a día, los ayuda a seguir adelante a pesar de las inclemencias sociales que viven en sus hogares.

Recuerdo en una oportunidad un alumno de segundo año -Jonathan- luego de una campaña de recolección de tapitas de plástico en la escuela, me preguntó: “¿Qué es lo que haremos con ellas?” A lo cual yo le respondí que las donaríamos a una organización social que las necesitara. Él se quedó sorprendido y con su carita entre vergonzosa y pudorosa se animó a decirme: “¿Y si me las dona a mí?” Yo me quedé perplejo con su pedido y me pregunté: “¿Qué lleva a este chico a preguntarme esto?” Y pensé “¿Quién lo necesita más? ¿Él o la organización, que seguro recibirá muchas más donaciones de otras instituciones educativas?”

Pensé que si este chico se animó a preguntarme y a pedirme esto es porque lo necesita más. Y seguro que ayudará a su familia a través de la venta de estas tapitas en una cooperativa barrial de Villa Soldati, las cuales no dejan de aparecer cuadra por cuadra, en todo el barrio cada vez más, debido a que en ellas reciben los materiales que recolectan día a día por su barrio y por los barrios de toda la capital con sus carros.

Muchos de los padres y familiares de mis alumnos y de muchos de los chicos de las escuelas del propio barrio entregan lo que se junta para obtener dinero a cambio de lo que llevan en sus pesadas bolsas y carros. Claro que accedí a entregárselas sabiendo que con ellas estaría colaborando de alguna forma en su propia casa. Su cara se llenó de alegría cuando se lo dije. Y me dijo lo más lindo que podría haber escuchado “¡Gracias, profe! Con esto hoy mi mamá va al supermercado y compra muchas cosas para comer!” Me di media vuelta y ocultando mi emoción le respondí: “Está muy bien que lo haga si esto ayuda con algo”.

Esto hizo que reflexionáramos y un día surgiera “La balsa que salva”, a través de la cual nos planteamos el interrogante: “¿De qué forma podríamos ayudar a mejorar la Cuenca Matanza Riachuelo?” Este disparador nos conectó con la UFLO (Universidad de Flores), la Facultad de Ingeniería y el Laboratorio Bio-Ambiental de Diseño-Arquitectura junto a quienes desarrollamos una técnica de plantación y multiplicación de especies seleccionadas denominada biorrollos.

La difusión del proyecto se realizó a través de la información que se distribuyó en la propia escuela y a través de la visita de otras escuelas a nuestra institución. También contamos con el apoyo del Programa del Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires Escuelas Verdes, que en un primer momento nos conectó con distintos organismos y escuelas con distintas modalidades que pudiesen ayudarnos a para analizar las muestras de agua de nuestro estanque, para ver si estábamos en un buen camino mejorando el agua del Riachuelo.

El proyecto se hizo realidad y con él muchos otros. Se construyó un estanque en la escuela, se plantaron muchos árboles y plantas, participando casi toda la comunidad escolar. Visitamos varias veces las reservas ecológicas de la Costanera Sur y la de Lugano, y destaco el apoyo de muchos familiares que veían con orgullo a sus hijos participar de las distintas instancias de competencias.

Los estudiantes se entusiasmaron con las actividades, removiendo la tierra, plantando, aprendiendo a usar distintas herramientas en el pequeño parque. Estudiantes que no se relacionaban con nadie comenzaron a hablar, a participar, a estar interesados en su tarea, en ser solidarios, empáticos con la naturaleza, en ayudar incluso a otros u otras estudiantes. Por esto es muy importante la interacción con el medioambiente; fortalecer algunos aspectos del plan de estudios a partir del proceso experiencia-reflexión; conocer combinaciones y alternativas saludables para que adquieran destrezas y conocimientos que le permitan desenvolverse como un micro emprendedor, desarrollando hábitos de

trabajo, valorando los recursos naturales en la vida humana, y sobre todo, mejorar los hábitos alimentarios de los mismos estudiantes.

Fue una extraordinaria experiencia para todos. Especialmente para la comunidad de la escuela en su conjunto: estudiantes, docentes y no docentes. ¡Fuimos noticia contribuyendo con la difusión del proyecto “La balsa que salva”!

No se ve nada seño, es como una cortina

Cecilia Daniela Benigno / Maestra de grado

Escuela de Enseñanza Primaria

Marcos Paz

ceciliabenigno663@gmail.com

Esa frase irrumpiría mi vida docente; mis prácticas ya no volverían a ser las mismas, ni siquiera mi modo de mirar a alrededor.

Aquellas mañanas invernales del 2014 dificultaban el viaje hacia la escuela. La visibilidad del camino de tierra quedaba reducida a unos pocos metros, las neblinas ganaban protagonismo.

– Seño, ¿por qué hay neblina casi todos los días?– preguntó Thiago.

La pregunta había llegado para quedarse a habitar el aula. Por primera vez mis estudiantes y yo nos sentíamos intrigados, llegar a la escuela era un reto de todos los días y pronto se convertiría en el desafío de abordar un proyecto de investigación.

Así empezamos a investigar para dar respuesta a la formación de las nieblas. Buscábamos en libros de ciencias naturales, consultábamos páginas web, nos preguntábamos sobre la geografía del partido y la ubicación de nuestra escuela y su cercanía al arroyo El Durazno, fotografiábamos el camino, mirábamos el pronóstico a diario, en un calendario marcábamos los días en que había niebla y los que no, registrábamos todo. No sabíamos bien para qué, pero lo hacíamos.

Día a día fuimos logrando poner en palabras el camino de sus intereses y así en cada jornada habilitábamos un espacio de intercambio que con el paso de los meses se tornó habitual, cada estudiante leía lo que investigaba con naturalidad, tomaban notas de lo escuchado, planteaban dudas, formulaban hipótesis de trabajo y así, entre números, cuentos y recreos, las neblinas eran parte del cotidiano, parecíamos obsesionados con el tema.

Fue entonces cuando una mañana regando nuestra huerta escolar, Matías pregunto:

– Seño, si la neblina es agua, ¿entonces se la puede utilizar?

Yo quede atónita, no me esperaba ese planteo. Creo que conteste dudosa:

– Lo averiguamos juntos, ¿les parece? Como para decir algo.

Recuerdo haber llegado a mi casa y haberme puesto a googlear; leía y nada parecía servirme para compartir con ellos al día siguiente. La pregunta de Matías había desestabilizado mi corpus de conocimientos, me había inquietado, me había corrido de la zona de confort. Como me lo imaginaba, mis niños se encargaron de esperarme con ideas, lecturas y cargados de información. Después de varias semanas de recopilar, leer, interpretar y poner a debate la información traída a escena, fue entonces cuando Matías tomó la palabra y nos contó del captador.

- Leí en internet que en países como Bolivia donde hay escasez de agua en las zonas altas de montañas se colocan captadores de agua de neblinas.
- ¿Un captador de agua de nieblas? ¿Qué es eso? pregunté.
- Sí seño, podríamos armarlo en el campito.
- ¿Y para qué?– consultó Sharon.
- Para juntarla y regar la huerta– contestó Matías.

Mientras tratábamos de procesar la idea Matías ya tenía claro qué hacer, cómo y para qué. Enseguida comentó lo que había pensado:

-Estamos en invierno– dijo. Va a haber muchos más días de neblinas; si armamos el captador al menos podemos juntar agua para regar la huerta.

En los días sucesivos, dedicamos largas horas a escucharlo, a tomar notas, a dibujar bocetos, a recolectar los materiales para armar el captador. Así fue que, recorriendo el predio escolar, encontramos materiales en desuso que nos servirían; postes de alambrado, canaletas, baldes y el nylon cristal que cubría una mesa del comedor serian de utilidad para armarlo. Y después de muchos intentos, la pregunta que se hizo idea, con el correr del tiempo tomó forma y se hizo realidad.

Un captador de agua de nieblas formaba parte de nuestra escuela. Impensado. Dos postes de alambrado sostenían el nylon sobre el que la neblina quedaba retenida, para luego condensar y caer a la canaleta que la transportaba al balde colector.

Cada mañana, en parejas, recolectaban el agua y regaban con ella una parte del huerto, claro si había habido neblina. Ahora éstas eran bienvenidas, necesarias y útiles.

El entusiasmo llegaba a todos. Si hasta tuvimos que armar un cronograma de riego: chiquitos y grandes hablaban del captador, les llamaba la atención la estructura, esperaban ansiosos la cantidad de agua recolectada, nadie jugaba a su alrededor a modo de cuidarlo para que no se rompiera, les encantaba observar al microscopio alguna muestra tomada y ni hablar cuando el viento no jugaba de nuestro lado y

dañaba el captador, todos alentaban para reconstruirlo y así era, un volver a empezar renovando las ganas, mejorando las técnicas.

Con él llegamos a nuestra primera experiencia de feria de ciencias. Desde la jefatura llegó la invitación que rápidamente se hizo eco por las aulas y, con el apoyo de la directora de entonces, emprendimos la apasionante aventura de prepararnos para el evento que tendría lugar, en una primera instancia, en nuestra ciudad y luego en ciudades aledañas. Como se han de imaginar Matías fue una de las voces de la experiencia y por decisión de sus compañeros Sharon lo acompañó; a ella le sobraba presencia, actitud y elocuencia en el discurso. Los recuerdo tan seguros, tan expresivos al compartir con otros su trabajo, tan orgullosos de representar a sus compañeros, a su escuela. Evocarlos me emociona.

En cada presentación ellos ganaban vocabulario, modos de habitar los espacios que los aguardaban, confianza en sí mismos y yo me reconstruía profesionalmente a su lado. Más allá de la curiosidad innata propia de la edad, el aprender Ciencias Naturales cobraba un componente ético al contemplar la dimensión de compromiso y trabajo colaborativo, construían una actitud interrogativa frente a los hechos y fenómenos que los rodeaban, elaboraban estrategias progresivamente en las que se apoyarían en su trayectoria escolar; se apropiaban de valores propios de la práctica científica.

Y en cuanto a mí esta experiencia me permitiría problematizar el modelo de enseñanza de las ciencias arraigado en mi propia biografía escolar. Iniciaba el recorrido de entender que la ciencia interpreta la realidad y no representa la realidad en sí misma. Así entendía que la ciencia no es un conjunto de saberes acabados y resueltos, sino un emprendimiento esencialmente colectivo, con un desarrollo histórico, plagado de debates y controversias, con crisis, enfrentamientos y transformaciones revolucionarias.

Cada presentación del proyecto se convertía en un desafío conjunto. De vuelta a la escuela todos nos esperaban, sí a nosotros, no al resultado de la presentación, y eso nos quitaba peso, presión. En el patio solíamos armar una ronda, Matías y Sharon alzaban sus voces para contar a todos los presentes cómo nos había ido, las devoluciones de los jurados, qué habíamos almorzado, con qué compañeros y docentes se habían visto, qué preguntas habían recibido al proyecto, qué preguntas los habían incomodado y como las habían sorteado y al finalizar, me parece escucharlo, todos aplaudían. Luego cada grupo volvía a su aula y se retomaba la jornada.

Al llegar la finalización del ciclo lectivo el grupo de estudiantes de quinto año de primaria había comprobado que el agua de neblinas es un recurso hídrico potencialmente aprovechable, al año entrante abordarían el desafío de corroborar si el agua de neblinas recolectada del captador era potable.

Los borradores, las notas, las fotos, se tradujeron en voces, seguras y orgullosas, del trabajo realizado. El captador nos representaba, nos mostraba haciendo escuela, nos daba pertenencia. Nos proyectaba como grupo para el año entrante seguir investigando. Mi planificación tenía coautores, las clases que se suscitarían traerían invitados y así las puertas del aula de quinto año se extenderían.

Cuando la cortina se corrió yo ya no era la misma. Mi aula era la huerta y el patio; mis estudiantes, mis compañeros y mi escuela muchas veces que daban a conocer lo maravilloso que acontece cuando la enseñanza se mira y se ejerce desde la percepción de un niño.

Dock Sud: mi lugar, tu lugar, nuestro lugar

Alejandra Greño / Directora
Escuela de Enseñanza Primaria
Avellaneda
agreno@abc.gob.ar

Si te contara qué diferente es el Dock Sud de hoy al de 15 años atrás no me creerías. ¿Y sabés qué? se me infla el pecho de orgullo por haber aportado un granito de arena para que ello ocurriera. No te miento, si pasabas por el Docke te ibas a encontrar con un lugar gris, un gris que te atravesaba el cuerpo, gris como el olvido, muy triste, sin vida, donde se respiraba angustia. Ojo, solamente yo no fui responsable de este cambio. Pero eso te lo voy a ir contando a lo largo de este relato.

Soy la seño Ale. Hace 24 años que los pibes me dicen así y no sabes qué orgullo me da porque es la elección de una forma de vida que se asume desde la labor diaria, las exigencias, la lucha, el agotamiento, la esperanza y la alegría de hacer lo que elegí ser, un oficio que puede abrir mentes, ampliar horizontes, construir posibilidades y futuros ni siquiera imaginados, una de las pocas profesiones en este mundo del “sálvese quien pueda”, que todavía se basa en el altruismo y el espíritu de servicio. Cuán difícil es la actividad de ser maestro.

Si parece que fuera ayer que llegaba como maestra titular, con mi mochila cargada de ganas de enseñar, a una escuela ubicada en un barrio periférico, que salía siempre en los diarios y noticieros por hechos delictivos. “Estoy un año y agarro destino definitivo en otra escuela”, me dije. Lo que desconocía es que Dock Sud, el Docke, como se lo conoce, se iba a convertir en mi lugar en el mundo. Barrio fabril, de gente muy humilde y trabajadora, pero con una característica que lo hace único: la presencia de un polo petroquímico en medio del barrio; es decir, un aglomerado de 42 empresas que llenan el paisaje del Docke con tanques de todas las formas y tamaños y con sus chimeneas humeantes ventean andá a saber cuántas cosas al aire. Mejor dicho, sí se saben las “cosas” que ventean, pero te lo voy a contar más adelante. Porque en esta historia lo más importante son los pibes del Docke. Que, tal vez sin querer me acercaron a la educación ambiental. Sí, sí. Ellos me acercaron. Y te puedo asegurar que es un proceso que dura toda la vida y que una vez que te encontrás sumergido en él, ya no hay vuelta atrás. Porque ser docente es involucrarse. Como aquella tarde gris y fría de agosto en que mis alumnxs me propusieron casi “obligatoriamente” que los ayude a mostrar su verdadera realidad en una feria de ciencias.

Derrames de tambores en el puerto, nubes tóxicas que nos dejaban internados, olores de todo tipo (que los vecinos se cansaban de denunciar) y nosotros según el olor aprendimos a reconocer qué empresa estaba en pleno funcionamiento. Ni hablar de los resultados que arrojaban los análisis clínicos con los porcentajes de plomo en sangre. Con este panorama cómo no involucrarme. A menos de cinco kilómetros de la Casa de Gobierno, la contaminación no sólo se olía y se respiraba, sino que también se veía y se tocaba. Aún recuerdo cuando en los recreos teníamos que salir con un aparato a medir el aire y según los niveles había que salir corriendo a resguardarse en las aulas cual película de ciencia ficción.

Nuestro punto de partida, fue algo sencillo y complicado a la vez. Sencillo ya que estaba claro dónde queríamos apuntar; complicado, la problemática. ¿La instalación y desarrollo de industrias petroleras y químicas genera una contaminación ambiental que se ve reflejada en la salud de los alumnos de la escuela? Así iniciamos el trabajo.

Fueron muchos meses de investigar, de salir a “patear” el barrio con mis alumnos de sexto grado “A”. Descubrí palabras que nunca había escuchado: plomo⁵, tolueno, benceno, xileno. Lo peor de todo fue que esas palabras las descubrí porque estaban en los estudios médicos que acercaban las familias de los alumnos de la escuela. Entrevistamos a los médicos de las Unidades Sanitarias, quienes nos explicaban cómo la presencia de estos contaminantes afectan la salud, provocando asma, cáncer, problemas de vista, trastornos del neurodesarrollo, bajo coeficiente intelectual, anemia, leucemia entre otros problemas. Muchos meses de recopilar información.

Las salidas a los safaris fotográficos para detectar focos que ponían en riesgo nuestra salud era el día más esperado de estos pequeños grandes investigadores año tras año. Ya que, les recuerdo, este proyecto lo abordaban lxs alumnxs cuando llegaban a sexto y se iba transmitiendo el entusiasmo de un grupo a otro. Sin embargo, uno de esos días de safari, adentrándonos en el Polo Petroquímico, nos acompañaba la directora, que desconocía todo lo que iba a tener que caminar y se fue con unas botitas con tacos tan bonitas, que a las cinco cuerdas estaban llenas de tierra. Sí, Norita, esta anécdota tenía que contarla porque tantos años han pasado y aún recuerdo tus ganas de matarme. Pero en esa caminata iba a suceder algo que nos cambiaría para siempre. Porque en todos los proyectos surgen imprevistos. Fue así como Marcelito (de once años) vio un cartel pegado en la puerta de una escuela agradeciendo a una gran empresa. Muy enojado se me acercó y me dijo: “Mirá eso, seño ¿a vos te parece?, los están matando y le agradecen”. Su indignación no quedó ahí, así que de manera muy respetuosa, pidió ayuda

⁵ El plomo una de las sustancias que hay en el suelo de tierra y es con la que interactúan al jugar lxs chicxs, que por su fisiología absorben los contaminantes durante el proceso de crecimiento

a nuestra directora para que le averiguara por qué le estaban agradeciendo. “Marcelito, le agradecen porque para el día del niño les regalaron golosinas” le comentó Nora. “Qué difícil va a ser trabajar con esto” me dijo. Situación que aproveché para contarle lo que me había sucedido a mí cuando llegué contenta a decirles a mis compañeras docentes, los grandes avances de esta investigación y muy ofendidas me dijeron que gracias a este trabajucho nos habían cortado los subsidios y regalos. Que no había que desilusionarse y no quedaba otra que seguir sorteando piedras en este camino.

Recuerdo cuando empecé a trabajar en Dock Sud y el barrio estaba repleto de carteles que decían: “Enfermedades respiratorias agudas. Si su hijo presenta silbido en el pecho, decaimiento y sueño marcado, fiebre alta, respiración rápida o coloración pálida en los labios, acérquese a la Unidad Sanitaria más cercana a su domicilio”. Me llamaba la atención ver siete u ocho pibxs asmáticos por grado. De hecho, una de las encuestas realizadas arrojó que en nuestra escuela había un 30% de alumnos con asma. Cómo olvidarme de Maxi que si no lo llevábamos volando hasta la Casa Cuna no sé qué hubiera pasado. Se le pusieron los labios azules, no podía respirar y se desplomó al piso. Llegó inconsciente. “Lo salvaron ustedes, seño” nos repetía la madre a mi compañera y a mí.

La cosa se ponía peor cuando caminabas unas cuadras y llegabas a Villa Inflamable⁶. Y ahí veías cómo era vivir entre chimeneas. Rodeados de más de 40 empresas que echan al aire sus residuos y a los pocos minutos caen en forma de ceniza tóxica sobre las casas precarias de chapa. Villa Inflamable un lugar habitado pero invivible. Cuenta la leyenda, que en este lugar, si querés hacer un asado, no apoyes la parrilla sobre el suelo porque al prender fuego brotan las llamaradas de los gases que están en el subsuelo como escape de los gases de las cañerías. De ahí su nombre. Imagínate la situación de Villa Inflamable que se le distribuyen diariamente bidones de agua potable, esto daba por sentado que de las canillas sale agua con metales pesados y sustancias tóxicas que enferman.

Todos los contaminantes emitidos por el Polo Petroquímico tienden a combinarse entre sí, formando un cóctel de sustancias que se dispersan por el aire y convierten al cuerpo humano en un lugar de experimentación química.

A medida que avanzaba nuestro trabajo, crecía nuestra investigación a la par que crecía mi preocupación por ir metiéndome con un grupo de treinta niñxs de no más de doce años en un terreno donde evidentemente nuestra salud estaba en peligro por cosas que ciertas personas estaban haciendo muy mal o mirando para otro lado.

⁶ Villa Inflamable barrio del partido de Avellaneda ubicado al lado del Polo Petroquímico de Dock Sud y parte de la Cuenca Matanza Riachuelo.

Nunca me voy a olvidar la primera vez que llegamos a una feria de ciencias. Era la feria regional de la que participaban más de cien instituciones educativas públicas y privadas de Avellaneda, Lanús y Lomas de Zamora. “DOCK SUD ME MATA” era el nombre de nuestro trabajo. Ni te cuento la cara de susto de los organizadores cuando empezamos a armar el stand. Después vinieron muchas, muchísimas presentaciones más, pero la primera vez fue impactante. Por primera vez un grupo de niñxs entre once y doce años del Docke estaban haciéndose escuchar. Siempre digo que fue un antes y un después en mi vida ese proyecto. Vinieron muchos viajes para presentar nuestro trabajo en diferentes ferias de ciencias provinciales y nacionales; San Bernardo, Termas de Río Hondo, La Plata. Y siempre a los organizadores y evaluadores les llamaba la atención lo mismo, el compromiso de lxs pibxs exponiendo y poniéndose al hombro el barrio para lograr hacer visible una problemática que ponía en riesgo su vida y la de sus familias. Y lo que empezó como un trabajo para presentar en una feria de ciencias se transformó sin querer en una herramienta fundamental para cambiar la vida de las personas y convertirse en un puente en la lucha por sus derechos.

Por ese año **ACUMAR** estaba creándose y la Causa Mendoza (Beatriz Mendoza, enfermera que trabajaba en nuestro barrio y sufrió en carne propia los efectos de la contaminación) recién cobraba vida, con su fallo histórico, por lo que estábamos solos abordando una problemática ambiental gigantesca. Recorrimos varias provincias mostrando nuestro trabajo. Filmamos documentales, participamos en revistas. Se nos acercó mucha gente con ganas de ayudar. Pero sobre todo el cambio se vio cuando **ACUMAR** comenzó a trabajar en el barrio. Se construyeron unidades sanitarias ambientales, donde se les hacía estudios periódicos a los vecinos, a nuestros alumnos. Se trasladó a aquellas familias con altos índices de plomo en sangre. Se empezó a controlar minuciosamente a las empresas. Por primera vez se los estaba cuidando.

Comenzamos a editar revistas escolares trimestrales donde compartimos información, entrevistas, datos útiles. El panorama ya era otro. Igualmente, no había que descuidar al barrio.

Doce años después se sigue abordando el proyecto, cada año con nuevas metas y nuevos objetivos, pero siempre con la misma esencia, hacerlo por y para el barrio. Pero ahora con una gran diferencia, abierto a todos los grados a pedido de la inspectora cuando la escuela pasó a ser de jornada completa. Hoy recuperamos espacios verdes dentro y fuera de la escuela. Reciclamos. Tenemos nuestra huerta escolar. Trabajamos junto a asociaciones de recicladores.

Hoy, yo soy la directora de esa escuela y ya no tengo alumnxs con plomo en sangre, ni problemas respiratorios ni retraso madurativo, pero sigo levantando la bandera de la educación ambiental, y celebro cuando se unen cada vez más docentes comprometidos con esta causa.

Hace años la escuela trabaja junto a ACUMAR y nuestro lugar en el mundo es un poquito mejor.

Tacho, tacho, cada deshecho en su tacho

Sandra Cecilia Reynoso / Maestra Bibliotecaria

Escuela de Educación Primaria

San Vicente

sandrabanfield61@gmail.com

Durante el año 2019, con los alumnos de tercer año de la escuela primaria, abordamos el tema de los residuos, comenzamos con una recorrida por nuestra escuela observando, recogiendo e investigando lo que se iba encontrando. Ya en el aula realizamos diferentes acciones: observamos lo encontrado en distintos lugares de la recorrida, conversamos sobre las realidades en sus hogares. Definimos la sigla de las TRES R (reutilizar, reducir y reciclar). Realizamos una encuesta sobre el tema, al personal del colegio y a los familiares. Los resultados fueron registrados en afiches que quedaron pegados sobre las paredes del aula.

Como consecuencia de las actividades desarrolladas surgieron comentarios entre los alumnos sobre lo que realizaban algunas familias con los residuos, por ejemplo que ponían cáscaras de papas en las huertas, en las plantas. También comentaron sobre otros abonos que se usaban en las casas de cada uno de ellos. Se investigó sobre los residuos orgánicos y compartieron sus experiencias, un alumno comentó que su abuela le decía que tenía que poner en un lugar los residuos que se obtenían de los alimentos a un costado del patio, para preparar un compost que colocaba en su huerta, ya que comían los productos de la huerta.

Toda esta actividad quedó plasmada en producciones escritas. También surgió entre alumnos/as, que conocían otros residuos como el plástico, vidrio, latas, pilas, cartón entre otros y lo importante que era separarlos y llevarlos a un punto de reciclado de la Ciudad de San Vicente, caso contrario ponerlos en diferentes bolsas y convocar a los recicladores. Surgió compartir esta experiencia ya que en la ciudad hay una gran difusión de estos lugares, que difunden estos puntos con la comunidad. Me desempeño en la Escuela Primaria N° 6 de San Vicente, soy la bibliotecaria. El Equipo Directivo me convocó como responsable de llevar a cabo el proyecto La Cuenca por el Río, realizando las distintas acciones como pareja pedagógica de las docentes de este año tercero. Planifiqué una visita al CEAMSE de la localidad de José León Suárez. Previo a la salida realicé una reunión con las familias para informarles adónde y para qué íbamos a realizar este viaje.

En un principio los alumnos no entendían bien a dónde íbamos. Les expliqué que la planta a la cual íbamos se dedicaba al tratamiento de los residuos orgánicos. Surgieron preguntas como ¿Vamos a estar con los desechos? ¿Podremos soportar el olor de los residuos?

Llegó el día, vinieron los micros, los alumnos manifestaron una gran alegría. Al llegar al lugar se mostraron asombrados por el parquizado del espacio, plantación de distintas especies de árboles nativos y no, la emoción era grandísima, preguntaban en dónde estaban los residuos que no se veían y ahí comenzaron a explicar la guías la función de la planta y de los diferentes sectores. Los llevamos a los sanitarios, que también les llamaba la atención, que eran un container, todo muy equipado para la finalidad del mismo.

El recorrido comenzó por los espacios verdes que fueron recuperados con relleno sanitario. Les causó un gran entusiasmo ver a los gansos que llevaron de CABA, la biodiversidad frente a sus ojos, una lagunita. Observaron las maquinarias con las que cortan y trituran las ramas y hojas y cómo utilizan el compostaje en el vivero que tienen en el lugar. Examinaron las cañerías donde se realiza el tratamiento del líquido lixiviado que de los residuos emana. Recorrimos el lugar por donde dejan los desechos los camiones, que son unas tolvas donde llegan los mismos.

Para finalizar recorrimos el mirador, donde apreciaron una vista desde arriba del CEAMSE. Y se pudo observar la planta de tratamiento de residuos desde arriba, en toda su expansión con sus colores.

Pasados unos días compartieron la experiencia con los demás años e iniciaron una campaña dentro de la escuela sobre la importancia de separar los residuos en la institución. Dicha actividad también quedó plasmada en diferentes afiches.

Las familias estaban también movilizadas para seguir separando los residuos en sus casas. Sus hijos e hijas estaban muy activos en el tema, creando consciencia y siendo multiplicadores del tema. Sorprendente fue la visita tanto para los adultos como los niños y las niñas.

Compartimos textos literarios sobre el tema y también muchos relatos de sus vivencias, también material de estudio. Pasa el tiempo y siguen comentando la experiencia en las clases, en donde abordamos temas relacionados al ambiente, ya que estos alumnos están cursando quinto año.

Las que fuimos ya nunca regresamos

Jordana Rucci / Directora
Escuela de Enseñaza Primaria
Ezeiza
jordanarucci@21gmail.com

En la cotidianeidad de la escuela el tiempo exterior parecía detenerse. Todo lo que sucedía en aquel momento dentro de ella se sentía como un tiempo paralelo al tiempo exterior. Era como el transcurrir en un tiempo sin tiempo o mejor dicho en un tiempo que fluía por circuitos internos y que no tenía raíz en lo de afuera. En la cotidianeidad de la escuela lo que transcurría lo hacía en su propia lógica y dinámica, muchas veces hacía un paréntesis del mundo exterior. Es que adentro de la escuela es otro mundo. Se entrelazan historias, se vive en un tiempo y un espacio que peligran ante la ambivalencia, ante la rutina de ese cotidiano que nos haga perder de la otredad.

En ese transcurrir fue que ese año decidimos unirnos a la propuesta de **ACUMAR**⁷ en el proyecto **Escuelas por la Cuenca**⁸ y nos propusimos mirar adentro y afuera los problemas ambientales vinculados a los residuos. Docentes y estudiantes asumimos esa misión. Fue en ese marco que surge la idea de hacer una salida de campo, es importante entonces registrar las imágenes y realidades alrededor de la escuela. La misma está ubicada en el Barrio de Santa Marta en la localidad de Tristán Suárez. Siempre tiene un valor pedagógico diferente la salida de experiencia directa. Es un evento emocionante, cargado de alegría y ansiedad tanto para adultos como para los niños. Muchas veces incluso hay fotos que se toman antes, para registrar el momento histórico. Así se sale, con varias recomendaciones de cuidado, pero con libertad y fluidez.

Llegó el día, salimos y registramos. Durante el recorrido las charlas simultáneas, los chistes, las risas, las preguntas, las caras felices muestran la impronta de un tiempo de infancia. Y así caminando sin tiempo, llegamos luego de unas cuantas cuadras al tan nombrado “campo de la quema”. Su aspecto era desolador. Era el lugar donde arrojaron muerta a la esperanza y los buitres de la modernidad consumista desgarraban lo que quedaba de ella. Un lugar

⁷ Para más información ingresar en <https://www.acumar.gob.ar/>

⁸ Escuelas por la Cuenca es una iniciativa de ACUMAR vinculada al trabajo en las instituciones educativas para el cuidado del ambiente y promoción de acciones sustentables y saludables, que, a partir de una concepción integral del ambiente, promueve la realización de proyectos tendientes a profundizar la educación ambiental en su comunidad.

que quisieras que fuera un no lugar. Un lugar muy escuchado por nosotras en cotidianeidad escolar pero que a la vez deseábamos desconocido, ajeno, lejano e irreal.

Estando allí nos enteramos por el relato de algunos de los chicos, como José y Jonathan, que sus compañeros faltaban al cole porque en ese horario iban a “la quema”. Ellos lo sabían. Ellos nos contaban que esos chicos con alguno de su familia revolían la basura en la parte que “la chanchera del fondo” tiraba sus desperdicios, para encontrar “buenos pedazos” de patas de chanco, pezuñas, órganos y otras partes que se llevaban para comer... “vió, seño que las hacen hervir y lo comen”, comentaban. Ellos también sabían, de tanto ver, que algunas familias se llevaban los retazos de goma EVA que tiraba una fábrica y con eso hacían pantuflas para vender en la plaza del trueque. Que otros pibes buscaban ropa, cosas para llevarse a su casa...

Así, al pasar los minutos de escucha de ese natural y fluido relato de la visión de los niños, la caminata entre risas, las charlas desordenadas y la alegría de la salida fue tornándose para nosotras la puerta a la realidad de un mundo desconocido o negado. El aire se nos hizo difícil de respirar, poco a poco el silencio se fue adueñando de la charla. Otros chicos y chicas también quedaron impactados. Las palabras estaban ausentes en las bocas... qué decir ante eso. Ellos tan naturalmente describían la realidad de sus compañeros, nuestros alumnos, sin dramatismo, como uno describe una escena cotidiana y natural. Pero esos chicos del relato tienen un nombre y un rostro. Eran sus rostros, la cara de la exclusión. Ellos tuvieron a partir de ese momento entidad. Ya no eran “otros” sino parte de “nosotros”.

Así tomó sentido el ausentismo, así dimensionamos por qué estando presentes en el aula estaban ausentes. ¿Dónde estábamos mirando nosotras? ¿Estábamos mirando? ¿Dónde estaba la escuela para ellos? ¿Dónde estamos nosotras mientras acontecía la intemperie? Así fue que, cuando volvimos, ya no éramos las mismas; no se vuelve del lugar del no lugar.

En el escenario más inhóspito, en su último suspiro mortal, la esperanza exhala su elixir y hace de la escuela el lugar donde lo posible se hace visible, lo alternativo acontece, donde el tejido de experiencias valiosas, intensas y significativas nos van dando identidad y cómo el útero que nutrió al neonato, nos permite renacer en cada proyecto y ser colectivamente.

Así la esperanza resurge de su propia desesperanza, dando batalla contra la oscuridad de seres invisibles, sin rostros, atados al destino de lo inevitable. Marca con su trazo iluminado en el mapa de la realidad invariable, otros itinerarios posibles que burlan ese destino ineludible, haciendo de esta experiencia educativa su jinete más valiente,

dispuesto abrir las puertas de otros futuros probables, para que las infancias puedan tener otros presentes posibles.

Tomamos la decisión de hacer que lo invisible y lo ajeno se meta de lleno en la escuela. Le pusimos nombre al proyecto. Trabajamos en ese 3er año para dar tejido de sostén, hablamos y contamos lo que pasaba, pusimos en palabras ante toda la comunidad la problemática de la quema. Nos metimos en su mundo y la trajimos a la escuela. Ya las palabras no callaban. Hablamos de lo que pasaba. El trabajo incluyó reclamos en el Municipio, conseguir ropa y alimentos de manera sostenida para esos chicos que queríamos que dejen de ir a buscar para comer la basura de la quema. Articulamos con la Unidad Sanitaria N°6 y Acción Social. Trabajamos reflexiva y críticamente diversos proyectos sobre ¿Cuánta basura generamos en la escuela y en casa? ¿Cuál es el camino de esa basura? ¿Cómo generar menos desperdicios? ¿Cómo separar los residuos? Reducir, reutilizar y reciclar como formas cotidianas de vida.

Los chicos de sexto grado investigaron profundamente sobre el tema, de la mano de la señora Adriana. Hablaron con las autoridades del Consejo Deliberante. Escribieron cartas a la municipalidad y a la Secretaría de Ambiente de La Plata. Convocaron en la escuela al Director de Ambiente del municipio para pedir explicaciones y que se buscara una solución para la erradicación del basural. Trabajaron conjuntamente con ACUMAR para saber más sobre esta problemática, buscaron sustento legal para erradicar la quema del barrio. Se entrevistaron con la pediatra de la Base de Salud para saber más sobre enfermedades que generaba la basura, nos enteramos que muchos problemas de la piel que sufrían nuestros chicos y chicas eran vinculadas al basural. Trabajaron con el diario del distrito para dar visibilidad al problema de la quema y de la falta de tratamiento de los residuos domésticos. Ellos y ellas preguntaron en primera persona, como sujetos de derecho. Pidieron respuestas. Hicieron valer su voz. Entre tantas reuniones se obtuvo el compromiso firmado de la instalación del EcoPunto⁹ en el lugar de la quema.

No fue fácil el camino que vino después para la instalación del centro. Hubo boicot por parte de los que tiraban los residuos allí. Robaban sistemáticamente el alambrado perimetral y seguían tirando la basura en las noches. Las familias que “vivían de la quema” también se oponían. El municipio tuvo que instalar un puesto de vigilancia las veinticuatro horas. “*Algunas noches se escuchan tiros*” decían los nenes. No fue fácil para las autoridades sostener el perímetro y resguardarlo.

⁹ <http://www.saludnews24.com.ar/noticia/ambiente/9396-la-ACUMAR-construye-centros-de-gestion-de-residuos-para-promover-el-reciclado>

Damos cuenta de que en el tiempo que siguió se concretó la instalación del centro de reciclado, el EcoPunto. El nuevo espacio verde surge como un emblema. La zona de la quema ahora es un lugar verde, cuidado¹⁰, donde a diario se trabaja para hacer de nuestro lugar un espacio más saludable y minimizar el impacto sobre el ambiente. Se llega al EcoPunto por un asfalto y en el acceso de entrada hay un hermoso boulevard lleno de palmeras y plantas de jardín. Ya no es un basural, se ven los pabellones de reciclado y separación de residuos, se ve el espacio verde del campo alrededor, libre y limpio.

La quema perdura en la memoria para recordarnos quienes fuimos. Hoy los mundos del afuera y del adentro confluyen y viven en la escuela. Habitamos el espacio de una manera diferente. Permanecemos atentas a los rostros de los otros que reflejan nuestra propia identidad colectiva y singular, porque ellos nos recuerdan siempre que los que fuimos ya nunca regresamos.

¹⁰- <https://www.treslineas.com.ar/ACUMAR-inaugura-ecopunto-estaciones-reciclado-ezeiza-n-1348633.html>
<https://www.lapoliticaonline.com.ar/nota/80498-ACUMAR-inauguro-la-unidad-sanitaria-ambiental-en-ezeiza/>

Tu lugar, tu jardín

Silvia Alicia Lemma / Profesora

Escuela de Enseñanza Secundaria y Universitario

Esteban Echeverría

salemma05@gmail.com

1. Un cuento que no es cuento...

El relato de El jardín natural, desalineó mi estructura, que, aunque tambaleante por la naturaleza de mi profesión, creí tener en claro siempre hacia dónde ir. Si el rey había desequilibrado su hábitat natural por pensar que la estética de su jardín estaba siendo amenazada por un árbol apolillado, cuánto podría como docente inclinar la balanza hacia el otro lado en la cabeza de los estudiantes, cuando después de leer el cuento les dijera...

– A los problemas ambientales, se los puede leer desde una mirada matemática.

Corría el mes de septiembre cuando El jardín natural, un cuento de la literatura infantil, vino a interpelarme. Lo leímos en una reunión institucional y luego fue propuesto para ser trabajado desde todas las materias.

Confieso que en principio la propuesta me pareció fuera de rango, pensé, -¿Un cuento infantil que narra cuánto puede llegar a perderse cuando intervenimos sobre el delicado equilibrio natural abordado desde la matemática?

En principio me sentí perdida, luego mi orgullo y pasión por la enseñanza y la matemática desafió mi instinto primitivo de rechazo. ¿Cómo desde la Matemática no íbamos a poder abordar un tema relacionado con la naturaleza?

Para Galileo: “La naturaleza es un libro escrito en lenguaje matemático”.

Tantas veces había leído esa frase y me había incentivado ir descubriendo a la matemática en toda su evolución, que no podía eludir el compromiso.

Me llené de interrogantes, pero muchos. Desde los que me victimizaban: ¿Cómo voy a hacer para cumplir con todos los contenidos del año? ¿Qué tiempo tengo para meterme en esto? ¿Y

si no puedo generar una propuesta interesante para los estudiantes? ¿Será un fracaso? Hasta aquellos que me fueron orientando y metiendo en un universo de conocimiento y mejores ideas: ¿Qué entenderán los chicos por naturaleza? ¿Cómo ven al ambiente que habitan? ¿Cómo los atraviesa la problemática del lugar donde vivimos? ¿Reconocen que el ambiente es parte de nosotros, que nuestra intervención lo define? ¿De qué manera lo hacemos?

La escuela estaba situada en la cuenca baja del río Matanza, mi casa a unas pocas cuadras, una ubicación geográfica que no nos separaba demasiado del cuento. Muchas veces en veintinueve años pensé en el barrio como un jardín natural. Lleno de vegetación y diversidad de aves, hacían que el sonido del lugar fuera diferente al de otros.

Con el paso de los años, la población fue creciendo considerablemente, los campos se habitaron hasta las márgenes del brazo del río que atraviesa la Ruta 4, donde termina el partido de Esteban Echeverría.

Las chicas y chicos del barrio pueblan la escuela que ha sido el motor de la educación para los habitantes del lugar desde 1935, en la mayoría de los casos sin tener la menor idea de que ella fue testigo central de la transformación del lugar. Sus testimonios de vida pintan una fotografía que da cuenta del cambio, “nuestro jardín natural” está perdiendo las polillas.

Terminó la reunión y me fui con la propuesta ineludible, debía pensar a partir de ese momento cómo abordar la problemática ambiental desde el área de mi incumbencia, la matemática.

2. “La naturaleza es un libro escrito en lenguaje matemático”. ¿Sabemos leerlo?

Llegó el momento de decidir qué hacer. Descubrí la Estadística y su universo pedagógico-didáctico casi de manera accidental. Parecería mentira que una profesora de matemática pueda decir esto, pero lo cierto es que es una disciplina que, a pesar de que está dentro de la carrera de grado, ahora entiendo, nunca fue bien aprendida para ser bien enseñada. Esto que les cuento no es una denuncia a la mala praxis didáctica, sino una problemática coyuntural de la que poco se conoce.

Dije accidental y esto seguramente despierte curiosidad, fue casi un tropiezo el que tuve con la Estadística.

Me encontraba trabajando en el plantel docente de una carrera de postgrado en educación, cuando se incorporaba un nuevo módulo de formación en el que era difícil conseguir docentes que aceptaran enseñarlo... era Estadística. Me convocaron y acepté el reto, como es mi estilo

meterme en camisa de once varas. Leí el material y caí fascinada ante ese universo de conceptos que rompía mi estructura invitándome a ser parte de él... “alfabetizar estadísticamente”. Eso sí que es una gran tarea, compleja y comprometida con otras y otros, consecuentemente de potente responsabilidad.

Así es que, trabajando, formé conciencia de la importancia de que seamos estadísticamente cultos y para eso no hay edad de inicio.

Decidí trabajar sobre la lectura estadística de la problemática ambiental en el universo poblacional del barrio donde habita la escuela.

Encarar la idea no era sencillo, los chicos y las chicas nunca habían visto ni oído acerca de la estadística. Mi entrada hacia ellos debía ser de impacto, aunque al principio no fuera directo al meollo de la problemática ambiental. “Desmontando mitos por el mundo”, me dije, ese sería un buen comienzo para descubrir en qué universo de conocimiento nos vamos a mover, la importancia de aprender a producir información y saber hacer lectura de ella. La estadística puede ser un puente sólido entre la visión borrosa de una problemática que compromete seriamente la vida de la comunidad y la fotografía nítida de una realidad que, en su contundencia, debe cambiar.

El video presenta un programa que permite visualizar información en constante evolución, un estado comparado que posibilita no sólo acceder a datos, sino poder construir historia sobre ellos de manera tal que los interrogantes surjan casi de manera espontánea. Por ejemplo: ¿por qué los países en el mundo fueron disminuyendo la cantidad de hijos por familia a partir de 1930? ¿Hubo un fenómeno que provocara esto?

Este tipo de propuesta impulsa a posicionar al estudiante con una mirada curiosa frente a la información y ese creí que sería el camino de enlace entre el cuento, la realidad ambiental situada y la matemática.

Así fue el comienzo, ordenado pero expectante; sabía que el termómetro de las próximas decisiones sería la reacción de los estudiantes.

La respuesta fue positiva, el video me permitió presentar a la Estadística desde un lugar tangible, me sentí fortalecida en la participación activa cuando surgían relatos de historias familiares, como si el tiempo restante de la clase fuese una extensión de las experiencias narradas en el material audiovisual.

Me empezó a entusiasmar el hecho de que les había gustado trabajar con datos, cada paso en la propuesta iba desplegando una idea nueva que no debía develar directamente a los estudiantes, sino tratar de convertirlas en acciones pedagógicas que fueran sutilmente involucrándolos en una problemática ambiental con mirada estadística.

- El rey veía a su jardín como un espacio lleno de vida que era opacado por ese árbol, seco, “muerto”, sin futuro. ¿Cómo ven ustedes a nuestro barrio? ¿Qué quisieran cambiar del lugar?
- Hay mucha basura profe, coincidieron en general, el barrio se inunda y muchas veces perdemos todo lo que tenemos.

Comenzaron a surgir relatos que sumaban cada vez más voces narrando experiencias casi aventureras, como de un cuento.

- La última inundación estuvimos a la noche en el techo de mi casa, el agua subió de golpe un tanto así (señalando a la altura de la cintura) y en el agua nadaban víboras, profe.
- Con mi mamá vivimos solas y estamos cansadas, cuando se inunda y baja el agua, los pisos están llenos de barro profe. Limpiamos, pero el olor es asqueroso, queda adentro de la casa y no se va por un montón de tiempo.

Sabía de lo que estaban hablando, conozco la sensación de sentir llover durante muchas horas y ver acumularse el agua en las calles. Impaciente, como intuyendo, salir con el auto hasta el puente que atraviesa Camino de Cintura y quedarme contemplando el agua que traía, en su corriente, el que estaba siendo en esa clase, el relato de los chicos.

Víboras, armazones de heladeras convertidos en canoas, chapuzones, dormitorios a cielo abierto... algunos silencios, miradas hacia el escritorio, risas-dolor.

Les propuse pensar en cómo afectaba la presencia de basura y las inundaciones a la salud de las personas del lugar y si ellos creían que había mucha gente que sufriera lo mismo. Casi en forma simultánea fueron surgiendo nuevos testimonios que daban cuenta de la problemática: erupciones en la piel, enfermedades respiratorias crónicas, infecciones gastrointestinales en pequeños, jóvenes y adultos representados en su propia persona, hermanos, primos, tíos, padres, abuelos y vecinos.

- ¿Les parece que es casualidad que tanta gente a su alrededor padezcan las mismas enfermedades? una pregunta que los colocó en otro lugar.

3. Nosotros investigadores

Fue grande mi capacidad (de asombro) cuando percibí que los chicos se habían posicionado frente al problema desde otro lugar. “Nuestras impresiones pueden ser engañosas”, la duda moviliza y la fisonomía del problema comenzó a cambiar. Cuestionamientos acerca de la pertinencia de las preguntas que conformaría la encuesta, debate acerca del rango de edades al que dirigirían la investigación, fuentes de información que utilizarían.

Clase a clase crecía el interés por develar en el recuento de datos la dimensión científica de la percepción personal. La sumisión y resignación, se había convertido en oportunidad de conocimiento. Con el acompañamiento de ACUMAR, nos embarcamos en un nuevo desafío, la Olimpíada Ambiental.

–¿Se animan a participar?, pueden desarrollar más profundamente el trabajo, los acompaño, tengo algunas ideas.

Así fue cómo el interés que los nuevos interrogantes planteaban, pintó el paisaje de los relatos de vida poniendo claridad a la sombra. Las clases intensas de trabajo no alcanzaban, leche con galletitas en la casa de la profe, para juntar computadoras de toda la familia que nos permitiera llegar a contar con los recursos informáticos para procesar los datos. La entrevista a la doctora pediatra de la Unidad Sanitaria N°6 fortaleció el papel del investigador que los chicos y chicas desempeñaban en el recorrido por el estudio estadístico cuando fueron protagonistas y testigos de casos narrados por la especialista. Pero no sólo era preguntar y escuchar, sino entrevistar a algunas madres que llevaban a sus pequeños hijos con casos de diarreas hemorrágicas causadas por el consumo de agua contaminada... empezaban a dejar de ser casos aislados y el cambio de mirada sobre el problema era casi un hecho.

Los ojos atentos, como ni la mejor de las clases académicas lograba conquistar, registraban el momento y más que eso. Llegaron lejos los chicos, el entusiasmo, la alegría, el asombro, la responsabilidad, los transportó a un lugar desconocido, esos ojos se estaban transformando. Aprendieron, conocieron, compartieron, se comprometieron y lograron llegar a exponer y defender su trabajo con criterio y conocimiento.

Lo más sorprendente para mí fue que en el momento del anuncio de la premiación, ninguno de ellos se había dado cuenta que habían ganado... ¿será que ya se sentían ganadores?, me atrevo a decir que fue el mayor de mis aprendizajes.

Una mirada diferente

Micaela Ailín Nehoda / Maestra de grado

Escuela de Enseñanza Primaria

Avellaneda

micaelanehoda@gmail.com

El año 2020 fue un año que nunca olvidaremos, nos presentó nuevos desafíos que jamás pensamos enfrentar, y esto, en el área de la educación representó un nuevo paradigma que desencadenó que los docentes tengamos que implementar nuevas estrategias mientras que a su vez nos reinventábamos y nos familiarizábamos con un entorno en donde las pantallas mediaban entre nosotros y nuestros alumnos. ¿Cómo poder hacer para llegar a ellos, para conocerlos y motivarlos? Esa era la pregunta que me inquietaba al principio de un 2020 que parecía incierto.

Elegí ser docente porque creo que se pueden generar grandes cambios si logramos despertar la curiosidad por el conocimiento en los niños, porque trabajamos con vidas de personas que llegarán a convertirse en adultos y gran parte de sus sueños y anhelos son plantados desde sus primeros años de escolaridad al descubrir cuáles son sus pasiones.

En medio de todas estas inquietudes, llegó a mí la posibilidad de participar de una propuesta ambiental innovadora: Ser parte del proyecto de ACUMAR, el cual consistía en construir una mirada de cuidado ambiental en los alumnos para poder evocar un antes en relación con un ahora que se ve transformado gracias al constante trabajo de dicha organización, basados en lo que podíamos observar de la Cuenca Matanza Riachuelo. El hecho de poder ver el gran cambio que tuvo el lugar con la ayuda de una organización que pone su mirada en el futuro, que piensa en cómo sanear el río para generar mejores oportunidades y condiciones de vida a las personas que allí habitan y de qué manera podemos nosotros también colaborar y tomar conciencia en nuestra vida cotidiana. Esto fue el comienzo de un proyecto que nos acompañó en un momento crucial, en donde el contexto pandémico generaba incertidumbres tanto en docentes como en alumnos. A pesar de eso y de todos los desafíos que implicaba ser partícipes de un contexto histórico como el que transitábamos, este proyecto fue como un aire fresco que inspiró a niños de cuarto año del nivel Primario a pensar en el mundo en dónde vivimos, la manera de cuidar el agua, de ser conscientes de las acciones que

podemos llevar a cabo desde nuestro hogar, ya que mucho podemos hacer estando en casa, incorporando nuevos hábitos generosos con medio ambiente.

Comenzamos trabajando la importancia del agua y realizamos folletos concientizadores. Primero reflexionamos sobre el uso que le damos al agua en nuestra vida cotidiana y por qué ésta es indispensable para la vida, resaltando también la importancia de la misma para la higiene personal. Así realizamos folletos sobre el correcto lavado de manos para que pudieran entregarlo a sus familiares o conocidos y poder generar un cambio en alguien más a partir de este trabajo. Realizamos carteles interactivos con diferentes temáticas, abordando la contaminación, el correcto uso del agua, el reciclaje, cada alumno le puso detalles personales acompañando de sobres en donde guardaban información, tarjetas, ruedas giratorias; todo esto combinado con diferentes texturas, ya que se utilizaron diversidad de materiales como cartón, cartulinas de colores, papel glasé, etc. Reflexionamos juntos en zoom, leímos la historia de la Cuenca Matanza Riachuelo y nos sumergimos en un mundo en donde lo ambiental cobraba nuevos significados, tanto así que muchos expresaron el deseo de ser voluntarios cuando fuesen grandes, recuerdo que luego de una clase de zoom un alumno me pidió hacer una videollamada y me dijo: – Señor, sabe que estuve investigando porque quiero saber cuáles son las condiciones para ser voluntario en ACUMAR, me parece que hay que ser más grande pero no importa, voy a esperar y así cuando crezca puedo ser parte de su equipo– le parecía impresionante como había quedado de lindo el lugar y que deseaba hacer una plaza gigante llena de juegos para que todos los niños fueran de picnic. Qué mejor entonces que generar esa genuina preocupación por nuestro entorno, por querer cambiarlo y mejorarlo para futuras generaciones, eso es en definitiva la mirada ambiental.

No puedo dejar de lado la emoción de haber participado del concurso de escritura, dicha iniciativa fue una sorpresa para mí porque no sabía que la organización llevaba a cabo estas iniciativas, la misma consistía en redactar un cuento con una mirada ambiental pensando y reflexionando sobre la clase de Riachuelo que los niños querían ver a futuro y mientras trabajábamos en el proyecto recibimos la propuesta de participar en él. Eso generó un gran entusiasmo y expectativa de parte de todos. Cada uno creó un cuento y se esforzó por plasmar todo lo que sentía en base a esta nueva mirada adquirida, algunos escribieron un cuento romántico entre peces que deseaban cruzar el río para verse pero los desechos no los dejaban hasta que llegó ACUMAR y los ayudó, otros escribían que los voluntarios eran viajeros en el tiempo o super héroes. La felicidad los llenó cuando se enteraron que habían ganado, que podían representar a la escuela y contar a otros lo que habían aprendido y guardado en sus memorias.

El cuento ganador se llamaba “Un viaje en el Río”; recuerdo que una de las frases que más me había gustado es como el personaje principal llamado Yacu les decía a las personas: – “Hay que cuidar el río, no debemos dañarlo o ensuciarlo sino que por él obtenemos tantas cosas, podríamos decir que el río es VIDA”. La culminación de este emocionante camino nos llevó a realizar una promesa virtual al medioambiente, el hecho de poder comprometerse a cuidar el planeta marcó en ellos un momento de gran significancia y daba sentido al trabajo recorrido durante todo el año, combinado con el hecho de ser un cuarto año que ahora prometía lealtad no sólo a su patria sino también al medio en el que ella se encuentra, valorando cada espacio, su aire, sus calles, sus aguas. Fue sin duda un recuerdo que no olvidaré. Por eso, un año que se presentaba duro, extraño, desmotivante en muchos sentidos, pudo ser un año de reflexión, de trabajar nuevos valores, de conectarnos con nuestro medioambiente, eso es lo que valoro de propuestas como estas que dan el pie para trayectos recorridos que pueden llegar hasta donde uno se lo proponga. Cada niño se preparó, se colocaron sus blancos guardapolvos y con una mirada atenta exclamaron: ¡Sí, prometo cuidar al medioambiente!

Experiencias como estas me llenan el alma, siempre que veamos en la mirada de un niño pasión y motivación sabemos que vamos por buen camino. Esa es la mirada que deseo ver siempre, una mirada diferente, expectante, feliz porque aprendieron cosas nuevas, porque fueron parte de un cambio que no sólo forma parte del presente, sino que se extiende al futuro. ¡Qué lindo es, cómo docentes, poder generar oportunidades nuevas de enseñanza! ¿Cuántos aprendizajes valiosos podemos crear oportunamente si incorporamos actividades y propuestas innovadoras?

Descubriremos que las posibilidades son infinitas, ya que cuando uno como docente se anima a tomar estas experiencias y hacerlas propias se abre un abanico de posibilidades en donde los niños salen motivados, felices y expectantes de cuáles serán las nuevas propuestas que vendrán más adelante. Esta es la nueva mirada que debemos incorporar, una en donde los alumnos sean protagonistas.

Un mapa para transformar la desigualdad

Marina Belén Boeri / Profesora de Geografía

Escuela de Enseñanza Secundaria

Esteban Echeverría

boerimarina@gmail.com

Como docente estaba muy entusiasmada trabajando las problemáticas ambientales de la Cuenca Matanza Riachuelo junto a mis estudiantes de quinto año de la Escuela Secundaria N° 30 en las clases de Geografía. Es una temática que disfruto abordarla, porque siento que su análisis nos interpela a todxs y posibilita conectar con lxs chicxs de otra manera. Ellxs se sienten motivados a la hora de opinar y cuestionar, dado que la cuenca atraviesa el territorio en el cual vivimos y refleja diferentes etapas socio-históricas-ambientales de la Argentina.

Antes de introducirnos en su análisis estuvimos abordando en unidades anteriores la importancia de bienes comunes como el aire, los suelos y el agua, con el fin de generar conciencia sobre la importancia de facilitar el acceso a los mismos para todas las comunidades.

La Escuela Secundaria N° 30 se encuentra localizada en la ciudad de Monte Grande, Partido de Esteban Echeverría, al suroeste de la Provincia de Buenos Aires. Dicho distrito está atravesado por afluentes y sub afluentes de la Cuenca Matanza Riachuelo. Es tal la riqueza del recorrido de la Cuenca por el territorio echeverriano, que inclusive se cuenta con la presencia del disputado Humedal Laguna de Rocha. Pero eso sería tema para trabajar en otra oportunidad.

Esa mañana de escuela, decidí comenzar a preguntarles a lxs chicxs de quinto año si habían visto el arroyo que estaba por la calle Pedro Suárez o “La Colorada”, como comúnmente se la llama. Ellxs me comentaron que siempre que salen de la escuela, deben pasar por ese lugar y comenzaron a describirme el “paisaje” de la zona, respondiendo todxs a la vez.

“(…) Profe, siempre que pasamos por ahí hay un montón de basura. Se ven las ratas grandes que salen de los negocios de la zona (…).” “Profe, cuando llueve se inunda un montón. No podemos salir de casa porque nos llenamos de barro”. “Profe, siempre tiran perros muertos ahí”, “sale mucho olor del frigorífico Faraón, tiran de todo por ahí”.

La clase ese día continuó así. Mantuvimos un diálogo muy fluido, aprendiendo todxs de todxs, hicimos lo que podría denominarse una clase de Geografía local. A veces me preguntaba ¿Para qué les sirve a mis estudiantes aprender Geografía? Pronto las herramientas de interpelación que fuimos trabajando juntxs, les permitía asumir el desafío de pensar que otra realidad es posible y que ellxs pueden ser parte de la construcción de la misma.

Ives Lacoste (1977)¹¹ afirmaba que la Geografía es un arma para la Guerra. ¿Por qué entonces no indagar en la conflictiva realidad que vivían mis estudiantes para organizar ese reclamo y buscar hacer algo con la información que obteníamos? Pero para eso primero debían hacerse visibles las problemáticas que fueron enunciando. Entonces les propuse plasmar toda esa información que habíamos anotado en el pizarrón en un mapa. - ¡Hagamos un mapeo colectivo! – les dije.

El mapeo colectivo es una metodología que consiste en utilizar un plano del territorio sobre el cual voy a trabajar y a partir de ahí comenzar a reflexionar en conjunto sobre la base de preguntas reflexivas que invite a lxs alumnxs a identificar problemáticas ambientales en el mapa. Para lograr el trabajo, ese día fue necesario promover un gran desorden en la clase. Corrimos las mesas y las sillas, algunas las sacamos a la galería de la escuela. Nos dispusimos a trabajar en el suelo, otros me pidieron permiso para mapear al aire libre, en el patio, bajo el sol. Pusimos un poco de música suave y manos a la obra.

Usamos afiches de colores, fibrones y papelitos. Nos organizamos por grupos para compartir los celulares con el fin de visibilizar lo que los chicxs registraban en Google Earth, otros en cambio, usaron algunas netbooks de Conectar Igualdad. Todxs se mostraban entusiasmados, comunicándose lo que veían en las imágenes satelitales de las calles de su barrio. Para muchxs era la primera vez que utilizaban el programa y les resultaba impactante ver su barrio en las imágenes satelitales.

Esa mañana recuerdo que sentí que conocí en verdad a mis estudiantes. Los conocí con su voz, con sus emociones, con la impregnación del territorio en el mapa. Miraba cómo comenzaron a volcar la información en los afiches, el frigorífico que largaba un olor feo en el aire. La esquina donde la gente tiraba la basura, la antena que marcaba el inicio de un territorio conflictivo, el arroyo con agua que la pintaban con color a contaminada.

Estaban utilizando los mapas para mostrar una problemática que los atravesaba por completo, y en su relato dejaban entrever la tristeza que los invadía cuando describían las huellas ambientales y sociales que reconocían en su barrio.

¹¹ Lacoste, Ives (1977) La Geografía un arma para la guerra. Ed. Anagrama.

Los mapas que elaboraron lxs chicxs reflejaron la desigualdad estructural que generación tras generación venían padeciendo. Conversamos sobre eso, por momentos me quedaba en silencio. No es fácil trabajar éstos temas, no siempre se tiene respuestas para las emociones que se destapan en el aula. Lxs chicxs habían compartido a partir de un mapa cómo vivían, lo mal que se sentían con las condiciones de vida que tenían, la tristeza que les generaba no poder salir de casa cuando el arroyo se desbordaba con las lluvias. No era justo que vivieran así. Eran mis alumnos y toda la carga teórica que yo podía conocer la estaba viendo ante mis ojos con una práctica que duele, la de visibilizar las desigualdades que lxs pibes padecían.

Pensé que sería bueno compartir lo que habíamos trabajado. El resto de la escuela nos había estado mirando mientras hacíamos los mapas. La profe de inglés me pidió sumarse a la propuesta, el profe de historia también. Con él inclusive pudimos incluir a lxs chicos de 3ª en el proyecto y logramos que vinieran a visitarnos del Foro Hídrico de Lomas de Zamora. En la visita nos contaron lo difícil que fue organizarse para trabajar los conflictos ambientales que padecían en relación al estado del agua contaminada que tenían en su barrio. Algo en mis alumnos estaba cambiando, los veía interesadxs, pensativos, reflexivos.

Finalmente terminaron los mapas, les propuse entonces colgarlos en el pasillo de la escuela. Contentos los pegaron por todo el edificio y en el recreo veía como mostraban a sus compañeros de otros cursos lo que habían trabajado.

Luego les pedí que continuaran buscando información sobre el tema y les conté que la semana que viene venían de ACUMAR (Autoridad de Cuenca Matanza Riachuelo) a darnos una charla. Ellxs sabían lo que era ACUMAR, lo habían visto en el documental “Mujeres del Río”¹² y lo trabajaron anteriormente cuando se tuvo la visita del Foro Hídrico. Ese día hablamos de la causa Mendoza, pensamos similitudes y diferencias con la forma en que vivían las familias que decidieron organizarse para reclamar por justicia socioambiental, el rol del Estado y la acción ciudadana.

Recuerdo que mis alumnos estaban muy entusiasmados con la visita de ACUMAR, estaban con ganas de mostrar lo que venían trabajando, y hasta habían preparado algunas preguntas. Sin embargo a la semana siguiente, ese día, el día de la charla con ACUMAR, amaneció lloviendo mucho. Cuando ingreso a la Secundaria N° 30, luego de salir apurada de la otra escuela, noto que lxs chicxs no estaban.

¹² <https://www.youtube.com/watch?v=6IlwE5Zoclw>

El personal de ACUMAR estaba listo para dar la charla, pero lxs alumxns no habían ido. Me sentí mal, las personas de ACUMAR me contaron que habían viajado desde Capital, me hablaron del tráfico, de lo difícil que es organizar la agenda. Sin embargo, mis alumnos no estaban. ¿Por qué no habían venido?, ¿Qué les había pasado? Y ahí recordé... cada vez que llueve el barrio donde viven la mayoría de mis estudiantes se inunda y lxs pibes no pueden salir de sus casas. La escuela lo sabe, por eso ese día en general no se pasan las inasistencias.

Explicué esto al personal de ACUMAR, les mostré los mapas, las zonas donde se inundaba, el frigorífico, la antena, el basural. Conversamos unos minutos, yo no estaba de humor, en verdad era un momento para estar en lo que Paulo Freire denomina “silencio activo”. A los minutos las personas se fueron y quedamos en coordinar una nueva charla para otro día.

Ese día no hubo actividad, la escuela no tiene sentido cuando lxs chicos no están. No tuvimos clases, sólo quedaron los mapas elaborados por ellxs, pegados en la pared de la escuela que nos mostraban a lxs adultos cómo la desigualdad nos pega desde la Cuenca Matanza Riachuelo.

El tiempo pasó, luego de unas semanas vinieron de ACUMAR nuevamente. Dieron la charla con un curso que supo participar haciendo preguntas y comentando lo trabajado. Pensamos... ¿y ahora qué hacemos con esto? Sentía que algo había cambiado. Teníamos el diagnóstico de la situación, habíamos generado un gran vínculo con mis estudiantes, pero no sabía yo cómo poder ayudarlos. Busqué acompañamiento en dirección, supe encontrar un gran oído y abrazo, pero no nos alcanzaba. Mostramos en la feria de ciencias de la escuela lo trabajado, la comunidad educativa se había enterado lo mucho que se prepararon mis alumnos. Vinieron algunos padres, chicxs de otros cursos, la inspectora, entre otros. Sin embargo, no hacíamos mucho con eso.

Cuando terminó el ciclo lectivo, decidí comprometerme desde otro lugar. Hoy continúo trabajando estos temas en las clases, pero ya no con la personalización que supimos hacer aquella vez. Porque la desigualdad duele, y la impotencia aún más.

Lxs chicxs de quinto año ya egresaron de la escuela. Probablemente alguno esté estudiando o buscando trabajo. A veces los veo por el barrio, pareciera que todo sigue muy igual.

En cuanto a mí, decidí fortalecer mi participación en Suteba, sindicato docente mayoritario en la Provincia de Buenos Aires. Allí encontré un espacio para tejer las redes necesarias que nos posibiliten colaborar en la transformación de la desigualdad

que se vive. Encontré un lugar de organización y transformación colectiva junto a otrxs docentes, con quienes impulsamos en Esteban Echeverría la Comisión de Ambiente y desde donde se invita a todxs a participar en proyectos de Educación Ambiental. Pero esa es otra historia, una que se está escribiendo de a poco con la sensación de que “poquito o mucho estamos dando entre todxs la batalla cultural”. Esa batalla tan necesaria para fortalecer el compromiso ambiental que requerimos para alcanzar el Buen Vivir que necesitamos y transformar la desigualdad que aún en el presente continúa visible en el territorio.

Un nuevo contrato

Natalia Silvina Notari / Profesora
Escuela de Enseñanza Secundaria
Gral. Las Heras
natalianotarigh@gmail.com

Hace 11 años que me desempeño como profesora de Biología, pero comenzaré contando mi experiencia cuando asumí como docente de Construcción de la Ciudadanía en el año 2015, numerosas expectativas y propuestas recorrían mi mente, mientras diseñaba, planificaba estrategias y acciones respecto al eje de Educación Ambiental.

En la Escuela Educación Secundaria Técnica N° 1 “Corbeta Uruguay” de Gral. Las Heras, un pueblo del interior de la provincia de Buenos Aires. Donde la Notari, como me llaman mis estudiantes, abordé con una postura y enfoque que enfatice en Educación Ambiental, en la pedagogía del cuidado y que adquiriera relevancia la investigación, hipotetización, experimentación, argumentación y arribo a conclusiones individuales y/o grupales de los/as estudiantes, brindando espacios de investigación aplicada al contexto.

¿Cómo?, se preguntarán. Con los mismos quehaceres que me han traído hasta aquí, buscando promover en los/as estudiantes el derecho a un ambiente sano, equilibrado y apto para el desarrollo humano y productivo de las presentes y futuras generaciones, en relación con la vida.

Así, durante estos años con compromiso y numerosas satisfacciones, mediante la puesta en práctica de acciones-soluciones de problemáticas ambientales concretas, articulando con **ACUMAR**, organismo que me ha brindado la oportunidad de brindar a mis estudiantes experiencias educativas significativas.

Vienen a mí numerosos recuerdos vividos... ¿Por qué entonces revivir mis memorias?; aquellas que visualizan los rostros de los/as estudiantes sorprendidos cuando se exponían las imágenes del basural a cielo abierto que habitamos los herenses durante veinticuatro años y que desde hace cinco años ha sido erradicado. Siendo el mismo un pedido permanente y genuino de los vecinos al Estado.

Punto de partida lo expuesto, que me llevó a recorrer barrios para reconocer el entorno inmediato. Atendiendo a la percepción de los/as estudiantes; el interés por conocer de ellos/as. Han generado propuestas como ciudadanos responsables, construyendo desde afuera hacia adentro de la escuela, porque el aula no es el límite para que suceda el proceso de enseñanza y aprendizaje.

Los pibes, “los técnicos” como los llamamos con ACUMAR me han demostrado la capacidad de mirar con otros ojos, imaginando futuros posibles y una militancia en Educación Ambiental.

Aquellas experiencias que vivo en el aula son las que reafirman, fortalecen mi práctica y me motivan a dar lo mejor.

Una anécdota que no puedo dejar de señalar fue en el año 2018, un martes por la mañana y frío, uno de mis alumnos tímidamente levanta la mano y propone trabajar en la forestación del distrito.

Con varios comentarios ante la propuesta ¿Es posible Notari? ¿Vieron el complejo de departamento sin árboles?;También hay espacios verdes sin árboles, profel, ¿Y si hacemos un proyecto de ordenanza? No faltó quien exprese ¡Qué bueno si lo hacemos!

Aquellas ideas que surgieron en la clase y posterior trabajo de investigación con la intención de presentar un proyecto de Ordenanza Municipal, al Honorable Concejo Deliberante llamado “Pulmones Verdes”. Se suscita la dificultad ¿Cómo se hace un proyecto de ordenanza?; en este punto sentí dudas como mis estudiantes y la opción que se adecuaba era organizar una entrevista a miembros del Honorable Concejo Deliberante.

En la entrevista recuerdo que en el aula se apreciaba, además de concretar el Proyecto de Ordenanza y su presentación, las expresiones de satisfacción y alegría de la construcción grupal lograda. En concordancia con lo que se había presentado, llegando al mes de octubre aproximadamente, el Municipio desde la Dirección de Medio Ambiente programó una jornada de forestación “Naturalmente”, instancia que consintió en el intercambio de conocimientos, experiencias de acopio de residuos y la generación de espacios verdes.

Como lo he manifestado anteriormente, en el 2019, se continuó con la misma impronta en lo que hace a Educación Ambiental, imposible olvidar aquellas tardes con 2do 2da haciendo rayuelas con materiales reutilizables (latas, tapas de gaseosas, material de construcción que desechaban los vecinos), destinadas a Escuelas de Educación Primaria Rurales, la predisposición de los/as estudiantes nos perdían en el tiempo; sin faltar quien

me pregunte ¿Ya pasó la hora?, quedando con entusiasmo a la espera de la próxima clase. La llegada a las escuelas de educación primaria no solo consistió en la colocación de las rayuelas, sino contar por qué se realizó, mediante el diálogo entre estudiantes se reflexionó sobre la necesidad de preservar la naturaleza, conocer cómo se trabajaba la temática en nivel primario, mientras se veía las baldosas y los niños/as jugando en ellas.

Por ello, sostengo que es importante retomar, reflexionar sobre lo transitado, porque permite encontrarme con nuevos horizontes por recorrer con mis estudiantes. Desde esta postura, se continuó con el propósito de fomentar espacios de aprendizajes duraderos, en el 2020 los cursos de 2do 2da y 2do 4ta articuladamente con ACUMAR, en un contexto inédito de pandemia (ASPO) desarrolló una propuesta para Olimpiadas, reduciendo y reutilizando objetos que desechaban en los hogares armando compost en sus hogares, instrumentos musicales, juegos y creando audios para programas radiales en los medios locales.

A tal punto que en ocasiones las familias fueron parte de las actividades realizadas participando de los vídeos, huertas, registros fotográficos, audios para el pueblo ¡Qué gratificante en lo personal!

Julián, como no mencionarlo, fue quien preparó un documental contando sobre las especies que aparecían en el contexto de ASPO en diferentes localidades incluyendo la nuestra, recibir aquel documental me emocionó por el esfuerzo y trabajo que había efectuado acompañado de sus padres.

El martes por la mañana, mediante una video llamada compartimos el documental, del cual surge un comentario de uno de sus compañeros, “qué bueno, también mi tío en sus recorridos verá las garzas”, lo que me lleva a reflexionar y reconocer el trabajo de los recolectores de residuos, siendo trabajadores esenciales. Consecuentemente germina la idea de realizar un cartel en cada uno de sus hogares con un mensaje Gracias por su servicio trabajadores esenciales, alumnos de EET N°1, colocándolos en los cestos del frente de las viviendas.

Vecinos fueron sumándose a aquel gesto, que no fue mínimo, ya que Camila, una alumna de la zona rural, a veinte km de la planta urbana sorprendió con su cartel a los empleados, recuerdo recibir una llamada agradeciendo el mensaje y la expresión de que se sentían reconocidos ante el momento que se vivía, de cuidado y preocupación por la pandemia.

Este año no ha sido diferente, extendí el trabajo articulado con ACUMAR y la huella que hace tiempo dejamos en el aula, en la escuela y en la comunidad. Iniciando desde la

virtualidad con segundo año en la promesa al medioambiente, por medio de encuentro sincrónico, en la pantalla se aprecia en las voces de los/as estudiantes y sus gestos, el entusiasmo por ser partícipes, los suspiros de alegría.

De la interacción en el grupo de segundo año surgen varias emociones sorpresa, alegría, ansiedad, asombro y también, su timidez. Y en mí la satisfacción de escuchar a los/as estudiantes decir “¡Qué bueno seguimos con el proyecto del año pasado! ¿Nos ponemos los guardapolvos para hacer la promesa? ¡Nosotros hablamos!”.

Recuerdo aquel martes por la mañana, previo al encuentro sincrónico, los mensajes por el grupo de WhatsApp “¿Ingresamos con guardapolvo? ¡Seamos puntuales!”, generando más inspiración mientras prendía la computadora acompañada de un café.

Cuando el reloj marcaba las nueve de la mañana, abrí el enlace del encuentro para acompañar a mis estudiantes en la Promesa al medioambiente, escuchando aquellos saludos con las voces que se superponían. En tanto, Noelia, alumna y anfitriona del encuentro iniciaba la bienvenida, sus compañeros, escuelas participantes y autoridades invitadas, la escuchaban atentamente.

¡Qué gozo ver el compromiso, respeto que vivenciaba desde la virtualidad, reconociendo el trabajo conjunto, consensuado que se había llevado a cabo previamente! Resultó una propuesta en la que los/as estudiantes se mostraron conformes por su trabajo, donde se reflexionó sobre la relevancia de continuar siendo ellos/as educadores de conocimientos, experiencias y acciones que preserven el medioambiente.

Ellos, mis estudiantes, no solo quisieron ser partícipes de un encuentro sincrónico, sino también, organizaron cómo sería, quién/es hablarían, qué sucedería, lo que llevó a narrar por medio de un drive el encuentro que se pretendía lograr. Aquel 2 de junio, se apreció las capacidades de los/as estudiantes en comunicación, recibiendo felicitaciones y palabras alentadoras por parte de las autoridades Educativas y Municipales.

El Intendente Municipal celebró ser parte del encuentro virtual, Macarena representante de ACUMAR mencionó el compromiso que año tras año sostienen dentro y fuera de la escuela y la Inspectora Jefe Distrital los/as invitó a continuar en el manejo de temáticas y de problemáticas ambientales, que promuevan la necesidad del uso responsable de los recursos, como así también en la prevención de la contaminación.

Como profesora fue el inicio para gestar un nuevo contrato de ciudadanía responsable en la temática Ambiental, siempre supe del trabajo que he realizado en la escuela. Por

ello, estoy firmemente convencida que los/as estudiantes, futuras generaciones, son imprescindibles para pensar, construir y educar la Responsabilidad Ambiental.

Comparto mi preocupación por el debate que genero cuando digo que hay que promover salidas didácticas que incentiven a los/as estudiantes a desarrollar una perspectiva ambiental, porque para mis colegas son salidas educativas, para mí son didácticas, ¡Si! porque es una estrategia el recorrer un barrio, un foco de contaminación, que luego en el aula permite que se lleven a cabo la participación, la comunicación y el acceso a la información ambiental; para proponer acciones que tiendan a revertir las problemáticas que se recorren.

Reconociendo que la actualidad, la Educación Ambiental es, objetivo reconocido e incluso prioritario de la sociedad, de numerosas instituciones educativas y organismos oficiales o no, sensibles a esta necesidad. No es una tarea compleja, que no puede abordarse sin contextualizarla, que requiere la necesidad de ayudar a los/as estudiantes a estar a la altura de estos retos.

Hoy acompañada, y celebro la sanción de la Ley de Educación Ambiental Integral, activando desde la normativa, el discurso las representaciones y saberes de los alumnos/as, guiando su involucramiento en el análisis de un problema y legitimando las posibles soluciones en la preservación de ambiente.

Para concluir, agradezco a los/as estudiantes que han caminado a mi lado durante estos años, son ellos/as que me ha traído hasta aquí, por lo que reivindica desde mi rol la necesidad de fortalecer un compromiso y cuidado del medioambiente en los/as estudiantes.

Más mariposas, menos moscas...

María Lujan Alegre / Profesora de Biología

Secundario Ciclo Básico

Lomas de Zamora

lujanalegre.mla@gmail.com

Esta narración surge a partir de la pregunta ¿Cómo llegué hasta acá?... pregunta que parecía fácil, lo difícil fue decidir por dónde empezar... no sabía si contar ¿cómo llegué a ser docente?, ¿por qué elegí ser profesora de biología?, ¿por qué amo la naturaleza? No sabía muy bien si esta historia debía ser respecto a mi vida profesional o de los proyectos que me han hecho crecer, o simplemente cómo todas estas situaciones hicieron que hoy forme parte de este grupo de narrativas sobre educación ambiental...

Lo que sí sabía es que no podía pensar en cómo “llegue hasta acá”, porque me daba la sensación de que había llegado a una meta, y esto recién comienza, por eso decidí contar lo que a mi parecer me trajo acá, a este momento donde revivo el recorrido que me impulsó a trabajar de la educación ambiental en un barrio del conurbano.

En mayo de 1999 con tan sólo veinte años iniciaba mi camino como profesora de Ciencias Naturales en la Ciudad de Fiorito partido de Lomas de Zamora, en una escuela ubicada a una cuadra de un brazo del arroyo del Rey y a dos cuadras de un basural y quema a cielo abierto, hoy el arroyo está entubado y es una calle y en el basural hay una plaza, un hospital y otras dependencias municipales, pero en esa época hace veintidos años atrás el olor nauseabundo de la quema de basura y de las aguas servidas del arroyo, sumado a imposibilidad de llegar a la escuela los días de lluvia, ni hablar de los roedores y las enfermedades... hacían imposible dar clases.

En medio de ese escenario ¿cómo podía hablar de cuidado ambiental? cuando parecía que no existía ningún derecho para esos niños ya casi jóvenes de piel agrietada, manos sucias, zapatillas rotas que dejaban ver los pies desnudos sin medias, niños de catorce y quince años que tenían que cartonear para sobrevivir, sin embargo no podía quedarme con los brazos cruzados y debía enseñarles que existe otra vida y que ellos son merecedores de algo mejor, y fue entonces cuando pensé qué enseñar en ese barrio de calles de barro, casas a medio terminar y basura tirada en cualquier lugar, y fue en ese recorrido y en las experiencias vividas para enseñar que todos somos

merecedores y dignos de un ambiente saludable, porque es un derecho adquirido desde nuestro nacimiento, que no debe naturalizarse la pobreza con la basura, la desidia, y el abandono, y que para ello son necesarias políticas de estado duraderas en conjunto con la educación, hoy puedo contar que es lo que me trajo acá, porque soy una convencida de que la educación ambiental es fundamental para generar conciencia y poner en acción a la población.

Es así como surgieron la elaboración de diferentes proyectos. Proyectos en respuesta a la aceleración y profundización de la crisis ambiental, proyectos que si bien fueron premiados por ser innovadores y originales no es lo que vengo a contar, sino todo lo que no sé ve del proyecto, lo que no está escrito en ningún lado, aquello que no se puede evaluar ni medir, aquello que está reflejado en el brillo de unos ojos felices, en el orgullo de pertenecer y ser reconocido, en el palpitar de ese corazón emocionado esperando ser nombrado para recibir un premio y en esta oportunidad no hablo de mí, si bien podría escribir sobre el orgullo que siento como una mezcla de llanto y risa, me refiero a mis alumnos.

La escuela a la que hago referencia está ubicada en la ciudad de Fiorito, partido de Lomas de Zamora.

Fiorito es más que el pueblo que vio nacer a Diego Maradona, es un barrio de casas bajas, humildes, autos viejos, carros de cartoneros, basura por doquier, muchos perros en la calle, pocos árboles en las veredas y cómo dicen mis alumnos “hay más moscas que mariposas.”

Es un barrio donde prima la desocupación, las changas, precarios comercios y casa a medio construir, calles sin asfalto y las que están asfaltadas los desagües están tapados de basura, basura que no se llevó el camión recolector porque no pasa por la zona, basura que un vecino tiró a la calle porque alguien más lo hizo también, basura que trajo un carro de algún otro barrio por unos mangos que lo ayudarán a comer.

Y así crecen los niños de Villa Fiorito, creyendo que eso es lo que les toca vivir y no existe otra manera de adquirir un ambiente mejor, que no son dignos de ver una mariposa, olfatear una flor, escuchar el canto de un ave o simplemente sentarse bajo un árbol a disfrutar de su sombra... ese niño que llega a la escuela secundaria y se convierte en un joven muchas veces vulnerado de todo derecho es el protagonista de mis relatos porque fueron y son el motor que me impulsó a llegar aquí, porque estoy de acuerdo con que la Educación Ambiental es un proceso permanente en el cual los individuos y las comunidades adquieren conciencia de su medio y aprenden los conocimientos,

los valores, las destrezas, la experiencia que los capacite para actuar, individual y colectivamente, en la resolución de los problemas. Como cuando pensamos en ¿Qué hacemos con tanta basura?, después de que cada lunes encontrábamos la puerta de ingreso de escuela tapada de mugre y en ese proceso de tomar conciencia de nuestro propio medio y buscar una solución a ese problema nos dimos cuenta que con poco se podía hacer mucho, y así nació nuestro primer proyecto Biomateriales de construcción, para la elaboración de baldosas a partir de plásticos y ladrillos de polipropileno, no solo adquirieron una destreza y conocimientos sino que estaban actuando ante un problema local, con soluciones sustentables y esto nos abrió el camino para pensar en grande. A muchos les dio la oportunidad de viajar por primera vez en un micro y maravillarse con la aventura de ser merecedores de recibir un premio por el simple hecho de ser reconocido, lo cual no es poco, más aún cuando es la primera vez que se sale del barrio en un micro que según los chicos estaba “re piola”.

Y esos niños de Villa Fiorito, vuelven al barrio orgullosos de que pudieron hacer algo más con toda esa basura, teniendo la ilusión de poder cambiar lo que les toca vivir y creyendo que existe otra manera de vivir en un ambiente mejor, ahora sí se sienten dignos de ver una mariposa, olfatear una flor, escuchar el canto de un ave y siguen soñando que en un futuro no muy lejano en cada vereda de cada casa de Fiorito habrá un árbol donde sentarse a disfrutar de la sombra, sueño que con el nuevo proyecto de reforestadores de la escuela, se convertirá en realidad, porque al ver cada semilla que germina se les llena los ojos de emoción y expectativas.

Esta es mi historia para contar, una historia que visibiliza la realidad en la que se construye un proyecto de educación ambiental, la que desnaturaliza la desidia de los barrios marginados, pero también es una historia de esperanza, de posibilidades, y de lucha.

“Sembrando Esperanzas”

Maricruz Débora Valeria Schmit / Directora Jardín N° 935

Educación Inicial

Merlo

maricruzschmit80@gmail.com

Durante el año 2020, a pesar de estar atravesados por la angustia de la pandemia mundial del Covid 2019, nos propusimos como meta llevar adelante un proyecto institucional ambicioso y complejo de abordar, en un rinconcito de la Provincia de Buenos Aires.

Y me refiero literalmente a un “rinconcito”, ya que cuando vas entrando al barrio “Río Alegre” pareciera un lugar lejos, remoto, detenido en el tiempo que te transporta a la paz y la serenidad de un lugar: con calles finitas, con grandes zanjas, numerosos árboles de gran tamaño, el sonido del viento que pareciera saludarte y las aves de todo tipo; color y tamaño. Así te vas metiendo en un espacio que intenta competir entre la actualidad y el pasado. Si más de una vez, detuve mi paso rápido por una tropa de caballos, o alguna vaca suelta. Sólo podrá comprender, la detención en el tiempo aquellos que vivimos en una especie de apuro constante y ahí es donde, si o si el paisaje mezclado de ruralidad y urbanidad, de manera abrupta te hace detener.

Como suele caracterizar al nivel inicial, de forma creativa, cada maestra puso manos a la obra y la sensibilidad aún más a flor de piel. Surgieron así las primeras dudas: ¿Cómo enseñar Educación Ambiental en una comunidad con tantas carencias? Podemos ver a simple vista las necesidades por las que atraviesan a diario, sus viviendas parecen sostenidas tan solo por la esperanza, sus manos se encuentran agrietadas por el imperioso sol que les sirve de abrigo, y cual “homeritos laboriosos” día tras día van fabricando con gran esmero un lugar mejor para vivir. Sabíamos que debíamos ayudarlos a tener un futuro mejor, entonces nos surgieron estas dudas: ¿Cómo lograr instaurar, como estilo de vida, pequeñas acciones cotidianas? ¿De qué forma acercarle a nuestra comunidad, que la rema a diario, temas como: cuidado ambiental, reciclado, huerta familiar, cuidado del agua, flora y fauna nativa?

Entonces decidimos que la quietud no es una virtud que enriquece, sino que no nos impulsa, y nosotros pensamos en tomar fuerza e impulsarnos más fuerte, entre todos: directivos, docentes, profesores, familias, decidimos pensar que realmente puede ayudarlos a tener una vida mejor.

Al igual que un lienzo en blanco, poco a poco se fue llenando con ideas, con propuestas, y allí aparecieron las primeras experiencias: algunas de las maestras pensaron en la simpleza de un trabajo con lo cotidiano a los niños “los juguetes” como hacerlos buscando estrategias ayudando a las familias. Otras se apoyaron en la riqueza del entorno, y así empezaron a ver la “naturaleza” con ojos de investigación.

Volvimos entonces, a mirar con otros ojos lo cotidiano, para los niños un trampolín de nuevas experiencias, que los ayudan a descubrir el entorno. “Mirar con otros ojos”, implica salir de nuestra zona de confort, pensar en que miran nuestros niños y niñas, intentar sentir lo que sienten por un ratito. Poder superar miedos y fronteras, pensar desde la otra perspectiva.

¿Cuál sería esa otra perspectiva? Que lo trabajado dentro del salón de clases trascienda las paredes, traspase las fronteras, invite a las familias a conocer una gran posibilidad que los ayudara a sobrevivir, vivir gracias al fruto del esfuerzo de sus manos. Claro, sin olvidar los fundamentos de una enseñanza de calidad. ¿Cuáles serían esos fundamentos? Justamente, no dejar de lado lo que nos legitima, la bandera de la Enseñanza-Aprendizaje, ese ida y vuelta que nos permite crecer.

Ahí es donde me quiero detener a contarles la maravillosa aventura de: “Realizar una Huerta FAMILIAR”, ese era el objetivo. Para ello primero debíamos entusiasmarlo con la idea de una “Revolución Alimentaria”. Pensar en gente, pequeña, grande, con conocimiento de huerta, sin el conocimiento, en fin, personas de todo tipo que puedan desde pequeños elegir, y solo se puede elegir si se les da las herramientas para conocer, en un acto democrático personal, que los permita poder tomar las riendas de su vida, sabiendo elegir alimentos ricos, alejados de pesticidas y contaminación. Y sobre todo, pudiendo cosecharlos “crearlos”, con sus propias manos.

Tal vez para otros niveles educativos, otros tiempos, otras realidades, esta experiencia resulta insignificante, o algo que para ellos es más habitual, pero para nuestro nivel toda experiencia transitada desde la manipulación, desde conocer lo nuevo, es un trampolín al asombro.

Y la verdad, en los tiempos que corren con tanta tecnología dando vueltas, y tantos niños dentro de casa, poder apreciar el camino que atraviesa esa pequeña semilla para llegar a convertirse en alimento en nuestra mesa, es una experiencia única que le permitirá a los niños y niñas, poder comprender el maravilloso mundo de la naturaleza en movimiento.

Allí me encontraba yo, en la salita Turquesa junto a la señorita y sus alumnos, intentando mirar con asombro, ante los ojos atentos de los niños, el proceso, tan simple, para los adultos como plantar una semilla. Para los niños era hacer “magia”, según sus propias expresiones.

La señorita Gladis, buscó del patio del jardín una pala con tierra. Concretamente trajo tierra en una pala, y pidió a los niños que con sus manos, de manera cuidadosa, cual labrador, separen de esa tierra la maleza, piedra, o tierra dura. En los tiempos de antes, los niños acostumbrados a jugar con tierra, ¡hoy por hoy era toda una aventura en una pequeña maceta! Allí, se encontraban los nenes y nenas, sentados en la mesa, con sus mangas arremangadas, esperando ansiosos, su montoncito de tierra, para comenzar a desarmarla, quitando piedras, malezas, insectos, ramitas, al mismo tiempo escucharlos repetir, esta tierra necesita cuidados, para luego albergar la semilla, como si fueran unos expertos sembradores. A medida que la “Seño”, les daba su puñado de tierra sobre el papel, rápidamente sin esperar más, comenzaban a “limpiar la tierra”. En silencio cada cual trabajo con sus manitos la tierra.

Así sus pequeñas manitos, comenzaron a trabajar con dedicación, y preocupación, sumergidos en un silencio de aquellos que deben preparar con determinación la tierra, sabiendo que allí se albergaría una vida. En esta pequeña actividad, nos pudimos dar cuenta que los tiempos han cambiado, a veces los niños tan sumergidos en el mundo digital, se alejaron de la tierra, del cuidado y respeto por la vida, nos quedamos pensando, todo lo importante que se aprende en el jardín.

Lo grandioso del Nivel Inicial y de la educación, es cuando las y los invitamos a salir del mundo cotidiano, para conocer e indagar otro, como lo es esta propuesta, ellas y ellos se entusiasman, y se sienten atraídos. Qué valioso que es el lugar que ocupa la escuela y las y los docentes para generar esas oportunidades de sumergirse en esos otros mundos, ¿no?

Orgullosas nos sentimos cuando en una reunión de familias, el papá de Carola, nos empezó a contar todas las dificultades que tuvo al armar su huerta familiar, y más aún el asombro nuestro al escuchar a las otras mamás dando consejos útiles de lo que debía hacer. Sin dudas estos consejos los fueron aprendiendo a partir de la propuesta del jardín, ya que por el entusiasmo de los niños, debieron poner manos a la obra, sumado al conocimiento previo.

Ahí es cuando supimos que nuestra meta estaba más que lograda, que si había traspasado las paredes del aula y que de una manera la Revolución alimentaria estaba en marcha, ¡aunque sea una simple semilla, una semilla que prendió, que crece y se multiplicará en el tiempo!

Como Docentes, siempre intentamos apostar a una educación de calidad, que invite a pensar, que desafíe, que sea un trampolín a nuevas experiencias, creer que se puede cambiar, que no todo está perdido, que cada experiencia brindada, deja huellas en el otro. Enseñar el cuidado del planeta tierra, en acciones cotidianas es sin dudas cuidarnos y cuidarlos, y ahí es donde pienso en que no existen imposibles, sino maestros que inviten a cambiar la historia y apuestan a las infancias.

Raíces del cambio. Entre las ramas de la sustentabilidad

**Graciela Handrujovicz / Profesora de Historia
y Geografía Jefatura del depto de Ciencias Sociales**

Escuela de Enseñanza Secundaria

Lanús

ghandrujovicz@gmail.com

Como olvidar esa tarde, si cuando evoco ese momento, hasta escucho todavía, los gritos de absoluta emoción de mis alumnos y alumnas. Fue una cálida jornada de experiencias educativas compartidas, escuchamos y nos escucharon exponer, con una atención que difícilmente pueda conseguirse en el aula. La música sonaba de fondo, acompañaba el murmullo de los estudiantes de escuelas de distintos partidos, de la Cuenca Matanza Riachuelo.

Todos y todas celebrando la oportunidad del encuentro y participando de una feria de exposiciones sobre proyectos de educación ambiental. Aquel día fue memorable, corría el mes de octubre de 2019, estábamos en el estadio Mary Terán de Weiss, en Parque Roca y presentamos “De la Teoría a la Praxis. Fortaleciendo hábitos sustentables.”

El proyecto les permitió profundizar aspectos teóricos fundamentales para abordar la problemática ambiental que antes era naturalizada. Porque miraban sin ver, sin detenerse a pensar como ensuciamos la “*Gran Casa*,” la casa de todos y todas. La consideración del ambiente como un gran depósito de toda clase de desperdicios requería de una intervención urgente. Y a esa tarea se entregó quien les escribe, junto a toda la comunidad de la Escuela Secundaria N° 9 de Lanús y del acompañamiento de ACUMAR. De manera que, la tarea emprendida desbordó gratamente los canales de lo planificado, porque las actividades se fueron sumando en función de las inquietudes de los estudiantes.

Por otra parte, es oportuno destacar, que las actividades prácticas, extraáulicas son del agrado de la mayoría de los alumnos y que las mismas permiten traspasar fronteras de una didáctica estructurada y desmotivadora. Creo que deberíamos aprovechar esas situaciones, representan fortalezas a través de las cuales el aprendizaje se resignifica. Fue así como, impulsados por el entusiasmo y guiados por sus emociones, el resultado

de la tarea no podía pasar desapercibida. Lxs alumnxs, transformaron a la escuela en un jardín colgante primero¹³ y después en un laboratorio ¹⁴.

Si bien la planificación del proyecto consideraba un cronograma de actividades, surgieron muchos gratos momentos no planificados, los cuales, parecían alejados del objetivo central del trabajo, pero, hoy los recuerdo como instancias reales y significativas de aprendizaje y acercamiento a la naturaleza.

Un ejemplo de lo comentado fue lo que ocurrió una mañana de octubre, a partir de la pregunta de una alumna: Profe, ¿Qué vamos a hacer hoy? vino gente de la UnLa, ¿los vio? Era una de esas tardes de primavera que invitaba a gritos a salir al parque. -Si, si, los vi, -les dije. Vamos a hacer un video ¿qué les parece? La idea les agradó y enseguida se dispusieron a salir del aula.

Lo que aconteció ese día, fue la real clase invertida. Si en la denominada clase, los estudiantes gestionan su aprendizaje, interactuando con el material audiovisual, en la salida educativa, los alumnos gestionan su aprendizaje viviendo el contenido. Y de esta manera se potencia la situación didáctica porque está vinculada con todos los sentidos.

Esa tarde, la tarea era construir el guión para el video sobre el proyecto ambiental. Compartimos la experiencia con los estudiantes de la carrera de Audiovisión de la UnLa, de manera que la experiencia fue integral. Los estudiantes visibilizaron a través de una cronología la contaminación del río. También, dejaron el registro de la tarea de desandar el camino de la contaminación, a través del fortalecimiento de hábitos sustentables, una actividad individual, que dista mucho de serlo, porque sus resultados solamente son observables desde el trabajo colectivo, desde la participación social con un objetivo que beneficia a la humanidad: el Desarrollo Sustentable¹⁵

Recuerdo estar sorprendida con la soltura y fluidez en la explicación de lo que estaban haciendo. ¿Era el entorno que los inspiraba? o ¿la salida del claustro estudiantil? Las rutinas diarias son centrales en el establecimiento del “habitus” y a ella apuntamos. Con lo cual se establecieron rutinas, que fueron fortaleciendo hábitos sustentables: rutinas de recolección de yerba y café, sin azúcar, para el compostaje. De juntar las botellas, de separar en origen. Hicimos muchos contenedores, con botellas de plástico. Y de a poco, nos fuimos animando a albergar nuestras primeras plantitas.

¹³ Preparación de macetas a partir del reciclado de botellas de plásticos

¹⁴ Preparación del material recolectado para el compost.

¹⁵ Informe Brundtland: desarrollo sostenible, definido como aquel que satisface las necesidades del presente sin comprometer las necesidades de las futuras generaciones

Acompañados por ACUMAR iniciamos una serie de recorridos por la Cuenca Matanza-Riachuelo, una *geoexperiencia* que nos acercó a diferentes paisajes, los cuales habían sido descritos en los textos, pero no habían sido percibidos con los sentidos, ni vividos a través de una *geoexperiencia*¹⁶, hasta ese momento.

En aquel entonces, ni nos imaginábamos lo que vendría después... la pandemia, el encierro eterno, la ausencia del sol (aunque estaba, pero no lo disfrutamos) El ASPO (aislamiento social, preventivo y obligatorio) causado por la pandemia, nos inmovilizó a comienzos del ciclo lectivo 2020, pero, poco a poco fuimos resurgiendo, así como lo hacen las plantitas, en espacios negados para ellas; en el asfalto o entre las grietas de viejos cimientos. Y nos reencontramos en espacios creados en la virtualidad. Fue en ese contexto que surgió: "Raíces del cambio. Entre las ramas de la sustentabilidad.", de la absoluta necesidad de reencontrarnos con la naturaleza.

En la vuelta paulatina a la presencialidad o espacio de intensificación de las prácticas educativas, pudimos observar el estado del invernadero -era lamentable- sin agua y sin cuidados elementales, muchas plantas, simplemente no sobrevivieron. Desde esa imagen de naturaleza muerta, comenzó un profundo conversatorio sobre la necesaria presencia de la naturaleza en la vida humana. A partir de allí, la conexión de los conceptos: efecto invernadero-crisis climática y consecuencias en nuestro espacio local, nos permitió construir un proyecto que contribuya a mitigar efectos negativos para el ambiente.

En primer lugar, los alumnos debían relevar la presencia de árboles en su barrio, manzana y cuadra. El tipo de árbol, sus características y estado. Esta experiencia resultó alegórica, sobre el sentido de la naturaleza en la vida de nuestros alumnos. Muchxs no sabían si en la propia vereda había un árbol. Con lo cual, comenzamos a preguntarnos: ¿cuál era la percepción de la naturaleza que tenían? Y desde la necesidad de responder el interrogante le siguieron encuestas y mapeo barrial.

También relevamos situaciones de cambios y transformaciones en el espacio geográfico local, que incrementan la acumulación de los GEIs. Realizamos trabajos de campo, registros que permitieron cuantificar las emisiones de dióxido de carbono, (aprovechamos los medidores de oxígeno de la escuela) y los cambios en la temperatura y humedad en áreas con cobertura vegetal y sin ella. La experiencia provocó asombro, pero también, fue un trampolín hacia la reflexión y el pensamiento crítico. - ¿Profe, qué le estamos haciendo a Gaia¹⁷? Preguntó muy preocupado un alumne.

¹⁶ Situación didáctica resignificada por el contexto en el cual se desarrolla.

¹⁷ La Teoría de Gaia de James Lovelock

Era una preocupación genuina, que surgía a propósito de la experiencia realizada. Minutos después, otras voces se sumaron y entre todos comenzamos a indagar sobre las Nativas. Descubrimos¹⁸ que además de captar el dióxido de carbono de las emisiones de los GEIs, también ofrecían una respuesta al problema de las inundaciones locales -cada vez de mayor magnitud, debido a los eventos extremos de las precipitaciones, en el contexto del cambio climático-

Por ese motivo, en la escuela, estamos abocados a la tarea de cimentar bases para el Desarrollo Sustentable, creemos en la potencialidad de las nativas para producir el cambio del paradigma. El contexto actual ofrece oportunidades, la ley de Educación Ambiental acompaña y ofrece escenarios alternativos de trabajo, desde la educación formal e informal. El tiempo de cuidar a la naturaleza es ahora, la tarea no puede seguir relegada, dependemos de ella para seguir habitando el planeta.

¹⁸- Entrevista al especialista Alejandro Benatar sobre especies de árboles nativos

Sin paredes también se aprende

**Andrea Maran / Profesora en Ciencias Sociales
y Construcción Ciudadana**

Escuela de Enseñanza Secundaria

Merlo

historiaandreamaran@gmail.com

Trabajo en la Escuela de Enseñanza Secundaria N° 64 del barrio Santa Isabel en la localidad de Mariano Acosta, zona oeste del gran Buenos Aires, allí está la escuela secundaria frente a las vías del ferrocarril de Midland rodeada de casas bajas con terrenos y circundada por quintas dedicadas a la agricultura intensiva de hortalizas.

Recuerdo que era martes ingresaba para mi curso de primer año en el área de ciencias Sociales. Como es habitual en ese momento los chicos estaban en su recreo, lo que me permitió observar qué comían –algo de color naranja intenso– ya en el aula decidí preguntarles –¿qué es? –pisitos contestaron – ¿de qué están hechos? – se miraron, nadie respondió, en ese momento comenzó un trabajo que poco a poco fue transformándose en un proyecto.

Nos fuimos cuestionando sobre la producción de distintos alimentos ¿Qué consumimos? ¿Qué comidas elaboramos comúnmente? ¿Con qué tipo de productos? Entre los más comunes encontramos (pan, fideos, arroz, galletitas dulces, salchicha, pizza, hamburguesas, jugos de sobre). Allí descubrimos términos como acidulantes; conservantes, aspartamo.

Nos pusimos a investigar sobre ello, dejando registro en la carpeta, así como la implicancia de éstos en la salud. Pudimos ver que nuestra temática estaba relacionada con aprendizajes trabajados en otras áreas, fuimos relacionando los contenidos, por ejemplo, en ciencias naturales habían investigado sobre los distintos sistemas, los procesos de nutrición, la importancia del agua como recurso entre otros; en ciencias sociales analizaron desde el origen del hombre hasta la producción de alimentos. Habían buscado información, hicieron cuadros, comparaciones, listados. Desde el área de construcción de la ciudadanía comenzamos a debatir, cuáles son los alimentos elegidos en forma cotidiana y que entendíamos sobre el término SALUDABLE: Que es bueno o beneficioso para la salud o que la proporciona. Que podíamos aportar, mejorar, incorporar a nuestra alimentación, –alguien, mencionó– ¡¡¡la pirámide nutricional!!!

Desde allí comenzamos a construir con ellos, dos pirámides, una basada en la información traída por la encuesta realizada en sus hogares y la otra por la organización mundial de la salud. Comparamos ambas, debatimos sobre qué alimentos debemos priorizar; surgen así dos temas subyacentes: ¿Que consumir?¿Qué puedo comparar?

El objetivo era contribuir a mejorar la calidad de vida de los alumnos participantes, sus familias como así también la de la comunidad en la que se encuentra la escuela, mediante habilidades en cultivo agrícola y manejo de técnicas, teniendo en cuenta la importancia de crear un trabajo colectivo y permanente donde se aportan prácticas y conocimientos de siembra y la estrecha relación con el ambiente, mediante la intervención como consumidor responsable, mejorando la calidad de la dieta alimentaria y por extensión la calidad de la salud de los alumnos, disminuir el gasto familiar en alimentos, promover la participación comunitaria generando actitudes dentro del seno familiar y también fuera de él como agentes multiplicadores.

Se puso en marcha así nuestro proyecto, sin más preámbulo, “intervenir en mi alimentación saludable” con la estrategia de la huerta orgánica “y por sobre todo “Nuestra Huerta “Era el momento de contextualizarlo de poner en práctica en el aula a cielo abierto, un aprendizaje constructivo a partir de la práctica construyendo sus propias ideas con orientaciones del docente, procesando, ordenando dudas y problemas reales que partían de su interés.

Sabíamos del pedacito de tierra del fondo de nuestra escuela secundaria, allí donde están los arbolitos plantados hace unos años, Teníamos con que empezar. Nos organizamos palas, rastrillos, zapin, azada en primera fila, listos para desmalezar y preparar el terreno, con muchas ganas de aprender entre todos, porque de eso se trata cada uno desde su experiencia, de lo transmitido por otras generaciones sería el motor que nos impulsara.

Iniciamos el compost, en nuestras casas, lo cual modificó sustancialmente la reducción de residuos orgánicos, que ya no irían a parar a la basura, sino a algún rincón destinado para ello, con mucha sombra y humedad para que las lombrices hicieran su trabajo, con la consecuente responsabilidad que implicaba remover, tapar y mezclar con hojas, sobre todo convencer a mamá que no produciría olor y sería altamente beneficioso para las plantas, ya que obtendríamos así tierra rica en nutrientes que nos permitió tener plantines fuertes, y abonar la tierra donde sería la siembra.

Con mucho trabajo llegó el momento de colocar en la tierra nuestro primeros plantines, preparados en latas, tachitos, hueveras recicladas convertidas en almácigos. Otros trajeron semillas que compartieron las familias de nuestra comunidad, en ésta se llevan

el aplauso abuelas y abuelos Compartimos mañanas de entusiasmo, mate, galletitas, risas... y descanso.

Las siguientes semanas se sucedieron entre organigrama de riego, raleo, señalar plantas, siembra escalonada. También tuvimos un momento en que la naturaleza nos puso a prueba con una fuerte tormenta. Allá por septiembre mirábamos la huerta apoyados en las palas y era silencio mezclado con un –¡¡¡UFF profe!!! Los alumnos de cuarto año que tienen clase en un módulo (hasta que se construyan los salones) pasaron por el sendero que nos conecta con el resto de la escuela y, tal vez por ver nuestros rostros un poco tristes, o por ver cómo quedó la huerta... se escuchó: –¿Los ayudamos profe? – No vino nuestro profesor –¡Dale profe también queremos hacer!

GENIAL. Esa es la palabra correcta para ese momento. Mis peques de primer año también lo sintieron así ¡Estaban los grandes! –como los llaman ellos– ayudando, alentando, compartiendo las risas, el mate y un ¡queremos acelga para los buñuelitos!

Todo quedó registrado gracias a que hoy los alumnos pueden acceder a un teléfono con cámara, así como la primera cosecha de acelga, rabanito, perejil, remolachas, y lechuga que pudimos presentar en la muestra escolar de todos los proyectos institucionales. La comunidad observó, escucho: el ¿por qué?, el ¿cómo? Pudimos entregar semillas y plantines para incentivar a que otros puedan comenzar en sus hogares.

Se sumaron voluntades, así alumnos interesados en la temática pasaban por la huerta y directamente se ofrecían cuando algún profe no podía asistir, cuidaban, regaban, se sumó el personal auxiliar que nos alcanzaba las regaderas, nos organizó un lugarcito para guardar nuestras herramientas. Ni qué hablar cuando llegó el fin del ciclo lectivo, ¡el calor! Se encargaron de regar y cuidar, merecido regalo; hubo tomate, lechuga, cebolla de verdeo para varias ensaladas... según me contaron.

Pero no todo fue color verde... Hubo resistencias. Plantear -voy a realizar una huerta escolar- suele estar en el imaginario de muchos docentes “van a plantar plantitas”. Algo así como carente de contextualización y significado. Cuando convoqué a compañeros del área, las preguntas eran ¿Qué haríamos? – A mí, las plantas se me secan... en el libro de temas ¿qué pondríamos que le quedara registrado a los chicos? ¿Vos sabés de plantas?

En ese momento sentí cierta incertidumbre y me pregunté de qué forma podía incentivar a mis compañeros a ver el potencial de un proyecto que atravesaría a todas las áreas. Realmente un desafío...

Para iniciar consulté con mi equipo directivo si podía en alguna hora institucional explicarle a mis compañeros el proyecto. Así fue nuestra primera aproximación. En distintas reuniones discutimos sobre los temas a abordar, cómo se harían, intercambiamos material, y la posibilidad que cada uno fuera sumándose desde su lugar y creando sus propias experiencias. ¿Todos participaron? No, pero me alegra que algunos pocos se animaron y se fueron sumando a este proyecto, y luego diseñando uno propio, según el interés de sus alumnos. Así apareció el reciclado, la salud y el deporte entre otros.

Si tuviera que decir cuáles fueron los temores para sumarse: el salir del aula, el tener clases en un espacio abierto donde los alumnos además debían manipular herramientas, en segundo lugar, la idea de que, si no hay nada registrado en la carpeta, no se aprendió nada. Sé, que cada uno debe pasar por la propia experiencia, pero creo que el entusiasmo que se creó con este proyecto, el ver alumnos muy temprano con herramientas haciendo la fila en el patio al ingresar, alumnos de otros curso ofreciéndose a participar... sembró la inquietud de algo distinto.

Además nos proporcionó integrar contenidos, que aprendieron a partir de la reflexión y la acción. Plantearse dudas, metas pero también soluciones. Ser partícipes de su aprendizaje desde una mirada colectiva y cooperativa; observar, discutir, buscar información, ponerla en práctica, descubrir a partir del ensayo y el error, trabajar colaborativamente con el otro. Buscar apoyo de distintos tipos ya sea curso; personas ajenas a la escuela pero relacionadas al trabajo de huerta, como el INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria).

Para ello realizaron distintos tipos de materiales que permitieron la difusión, desde folletos, con información que contenía datos del cultivo y formas de cuidado, así como recetas, carteles, que se dieron a conocer en nuestra institución, en la página de Facebook publicábamos nuestras acciones para dar a conocer nuestro trabajo, también en la muestra escolar pudimos presentar nuestro huerta, su trabajo y función, repartir semillas para que las familias de nuestra comunidad pudieran iniciar con cultivos fáciles, como lo es la acelga, lechuga, rabanito, zapallo, maíz, entre otros, generando la autoproducción.

Hasta ahora no paramos, aún en la virtualidad nos ingeniamos despertando la creatividad, resolvimos como conectarnos, aparecieron los tutoriales, nos conectamos con una red de medioambiente que nos permitió dar a conocer nuestro proyecto en el Distrito participando del concurso medioambiental de Merlo. Descubrimos la cooperativa de reciclado, aprendimos a ser parte de algo más amplio, de gente que se mueve para ser parte de la solución. Eso nos trajo hasta aquí y nos continúa movilizándolo.

Un aquí que nos permite reflexionar sobre lo que construimos. Recopilando datos, imágenes del camino recorrido para poder sumar a otros a animarse, al despertar de una conciencia por y para el ambiente. Para sembrar la posibilidad de un aprendizaje contextualizado, interdisciplinario y significativo, que promueva el interés en los alumnos convirtiéndolos a su vez en agentes multiplicadores a través de la toma de conciencia del uso responsable de los recursos, de prácticas de consumo responsables.

Cuando inicié este proyecto, por ejemplo, no sabía que nos llevaría a aplicar conceptos de matemática en donde las operaciones, la unidad de medida, la superficie para calcular el terreno y hacer la distribución de los plantines, o el uso de vocabulario técnico junto con la comunicación o tipos de textos que luego serían aplicados a los distintos formatos de afiches, folletos, solicitudes de notas, ni hablar de la orientación, los factores bióticos, abióticos, la reproducción de los vegetales, la fotosíntesis o el ciclo del agua por mencionar algunos, todo a partir de conocer y trabajar en el entorno, toda esta información que solemos manejar en el aula, los alumnos que participaron del proyecto pudieron aplicar aquellos que solemos enseñar sentados, mirando libros, recopilando información que muchas veces queda ahí como algo aislado, de lo que no soy parte. Aquí, cobró sentido fue parte y por sobre todo se vivió.

Y si me preguntan ¿dónde estamos? Estamos creciendo, cada año se renueva, surgen nuevas ideas, está la experiencia de cómo encarar la temática, la organización, la interdisciplinariedad de las áreas, el abarcar otros subtemas cómo la cuestión de la mujer rural campesina, su lucha en la igualdad de derechos, el acceso a sistemas financieros...



    www.acumar.gov.ar

0800 345 ACUMAR (228627) | Esmeralda 255 PB, CABA.

